

# CON EL CAPITAN REPARAZ EN LA COLUMNA MIAJA

Por AGUSTIN CALVO HUERTAS  
y FERNANDO RIVAS GOMEZ

Los trabajos literarios en colaboración, a fin de cuentas, únicamente sirven para evidenciar la unión de dos personas incapaces por sí solas de dar cima a un mismo propósito. Pero a veces estas alianzas pueden justificarse o, al menos, excusarse.

Ha sucedido aquí que yo, el primero de los autores, retirado sargento del Cuerpo, con una viva carga de añoranzas, sentía necesidad de escribir —quizás por agradecimiento, quizás por admiración, quizás por aburrimiento— sobre el capitán Reparaz, quien posibilitó y dirigió mi evasión de zona roja, en unión de otros doscientos guardias civiles en el mes de agosto de 1936. Todos militábamos en la célebre columna del general Miaja, que desde Albacete pasó por Jaén soñando conquistar Córdoba y de la que poco se ha escrito. Y aún podría decirse que ese poco es, además, oscuro y contradictorio. Tal vez porque aquel ejército fuera así: nebuloso, heterogéneo y enigmático.

Para consumir mi intento encontraba serios inconvenientes. No recordaba con exactitud fechas ni nombres. Los recuerdos habían ido depositándose en lo hondo de la memoria y se negaban a resucitar con perfiles nítidos. Ocurría, de otra parte, que lo predominante en el cerebro eran sensaciones íntimas y emotivas, determinadas tal vez por intrascendentes vicisitudes personales, sin apenas interés para el lector y que poco podían aportar a la historia del Cuerpo, salvo en lo que tuvieran de homogeneidad con sensaciones de otros guardias en la misma peripecia, pues entonces podrían interpretarse estas emotividades como expresión de un sentir colectivo y generalizado, y, por tanto, de validez histórica.

Es cierto que durante los días de los acontecimientos tomé notas y procuré grabar en la mente detalles, pormenores y rasgos. Pero todo eso lo consideraba insuficiente para un relato completo y de precisas garantías de autenticidad.

Las notas o antecedentes de que yo carecía, por olvido, extravío o por no haberlos tenido nunca, se encontraban en el Centro de Estudios Históricos, que dirige el teniente coronel don Francisco Aguado Sánchez, y donde me fueron dadas toda clase de facilidades.

El problema de carestía se trastocó en problema de superabun-

dancia. El material histórico de interés para mi propósito era tanto y tan variado que me hizo caer en la cuenta de que la empresa quedaba más allá de mis fuerzas. Observé además que tendría que decidirme por un trabajo tipo memorias —mi primer deseo— o por otro de investigación documental. En el primer caso, es decir, con el solo vaciado de mi memoria, el relato quedaría corto y pobre en relación con lo que merecía la aventura del capitán Reparaz. En el segundo supuesto el inconveniente era abordar trabajo tan arduo como escudriñar archivos y expedientes, clasificar fichas y datos, indagar tras el eslabón perdido y llegar a las últimas consecuencias del final histórico que la narración requería, pues no parecía prudente dejarla donde terminaban mis contactos personales con el capitán Reparaz.

El teniente Rivas, el segundo autor, Secretario del Centro de Estudios Históricos, conocía bastante a mi personaje —también fue subordinado suyo en la última fase de esta narración— y sabía todo lo necesario de la columna Miaja, aparte de por obligación de destino, por haberla estudiado a fondo anteriormente con motivo de su artículo "La Defensa de Baena" (1).

Concurría en él, además, la circunstancia de haber pasado gran parte de su vida en la zona escenario de esta historia y conocer a los hombres y pueblos historiados, algunos de éstos, como Pozoblanco y Adamuz, de fuerte incidencia en la trayectoria del capitán don Antonio Reparaz Araújo.

Se comprenderá ahora, sin más, que la colaboración se hiciera necesaria y aconsejable.

De ello ha resultado un producto híbrido, mitad memorias de un testigo, mitad historia documental. El lector sabrá ver dónde empieza lo uno y acaba el otro. Para ello se ha procurado, cuidando no quebrar la obligada línea argumental y cronológica, introducir los debidos cambios de tono en la narración.

Conviene decir también que el tema a tratar no es inédito. Existe un libro titulado "Desde el Cuartel General de Miaja al Santuario de la Virgen de la Cabeza", escrito nada menos que por el propio capitán Reparaz, en colaboración con el escritor y periodista Tregallo de Souza.

Siendo así parece que huelga una reincidencia en el tema, sobre todo si se piensa que nadie puede narrar una aventura mejor que su propio protagonista. En general, esto es cierto. Y lo sería también en este caso particular si el capitán Reparaz hubiese querido narrar su peripecia en detalle y profundidad. Pero nuestro capitán ni quiso, ni pudo, ni tuvo tiempo.

No quiso porque —otro mérito suyo— prefirió hablar principalmente de la gesta del Santuario, ofreciendo así al público la primera versión de lo que fue la epopeya de aquel reducto. A su actuación apenas le concedió importancia, privándonos así de conocer el trasfondo de lo que constituyó, a nuestro juicio, una proeza digna de figurar en una antología de suspense, intriga y astucia.

No pudo puesto que ciertos hechos que vamos a relatar, como las

(1) Revista de Estudios Históricos de la Guardia Civil. Número 9. 1972, pág. 61.

ocupaciones rojas de los pueblos de Adamuz y Pozoblanco, no adquirieron importancia para Reparaz hasta bastante después de haber sido escrito el libro. Uno de estos pueblos ni siquiera es mencionado por él y el otro lo toca de pasada, sin concederle el menor interés.

Y no tuvo tiempo porque su libro, dirigido, como antes se dice, a la defensa del Santuario, se publicó en agosto de 1937. Se deduce que tan pronto los rojos conquistaron los riscos de Santa María de la Cabeza, Reparaz decidió no dormir para dar cima a su obra en un tiempo récord. Piénsese que el Santuario cayó en manos rojas el primero de mayo. El acopio de antecedentes, datos y documentos sobre el asedio y la localización e interrogatorio de testigos no pudo llevarle a Reparaz menos de un mes. Por prisa que se diera no podría comenzar a escribir hasta bien entrado junio. Suponemos que se limitaría a dictar o manuscibir un borrador que, después, Tresgallo de Souza iría perfeccionando dotándole del estilo ágil y periodístico que posee la obra. Si tenemos en cuenta que Reparaz estaba entonces en servicio activo —muy activo, diríamos mejor— y Tresgallo de Souza tampoco tenía reposo en una labor incansable en la Delegación de Prensa y Propaganda, habremos de convenir en que se desplegó mucha celeridad y precipitación para conseguir que el original llegara a la imprenta lo más tarde a mediados de julio. Podemos afirmar que los autores se dejaron bastante historia en sus tinteros.

Aquellas prisas, y sobre todo la intervención de Tresgallo de Souza, nos hacen pensar que el libro fue catapultado con un móvil propagandístico. Había que airear la gesta del Santuario, sobre todo cuando la propaganda roja quería restarle importancia y acallar los ecos que la heroica defensa producía en ambas zonas y más allá de las fronteras.

Indudablemente aquí no vamos a mejorar lo que —refiriéndonos concretamente a los guardias civiles de Jaén— dice Reparaz en su libro. Podremos ampliar, testificar y documentar. Pero el calor, la viveza, la claridad de juicio, el ardor patriótico y la valentía que hierve en el relato de Reparaz no podríamos superarla de ninguna forma. Aconsejamos al lector la lectura de esta obra para que pueda deleitarse y conocer y admirar al capitán Reparaz. Nosotros, en la extensión que nos permite un artículo, vamos a narrar su aventura desde un punto de vista histórico, procurando adormecer las simpatías que el personaje quiera despertar. A veces recurriremos a párrafos y argumentos del libro que comentamos, pero solamente para aclarar o ahondar en hechos comprobados por otras fuentes, pues no deseamos que se nos acuse de adoptar la postura cómoda de seguir la versión de un autor-protagonista, con las escasas garantías históricas que ello, generalmente, ofrece. Tanto es así, que si algún lector, por curiosidad, desea cotejar nuestro trabajo con el de Reparaz, encontrará contradicciones, algunas de bulto.

Mantenemos nuestras contradicciones.

Y no reprochamos inexactitudes a Reparaz. Disculpamos y comprendemos sus prisas, su encadenamiento a exigencias bélicas, su falta de perspectiva...

## TRANQUILIDAD EN SANTISTEBAN DEL PUERTO

La noticia nos llegó a través de la emisora Unión Radio cuando anochecía el 17 de julio de 1936. Ya llevábamos días pendientes de "La Palabra" —espacio informativo de Unión Radio—, sobre todo después del asesinato de Calvo Sotelo. Se esperaba que algo sucediera y en los cuarteles, al menos en el de Santisteban del Puerto, los guardias nos mostrábamos inquietos y preocupados. La noticia hablaba de la sublevación del Ejército de Africa. Añadía el comentarista que el Gobierno de la República había logrado dominar la situación. Pero su acento carecía de fuerza, y resultaba extraño, de otra parte, que los gobernantes de turno, cuya debilidad todos conocíamos, hubieran logrado en sólo unas horas imponerse a las tropas más aguerridas y preparadas del país.

Alguien insinuó al cabo Ciudad que se pusiera al habla con el alcalde por si éste poseía más información, pero el cabo rehuía todo contacto con la primera autoridad municipal, socialista arraigado. El cabo Ciudad (su nombre completo era Casimiro Ciudad Alañón) siempre había sido escasamente comunicativo, y recientemente su retraimiento habíase incrementado con motivo de la muerte de su esposa, de la que le quedaban tres hijas pequeñas, que los demás tratábamos de dominar en vano.

Nos mantuvimos intranquilos durante toda la noche, esperando que la Prensa del siguiente día nos aclarase la situación; pero sólo nos enteramos de lo que pudimos imaginar a través de los amplios espacios en blanco impuestos por la censura. Uno de los guardias solteros —los casados no podíamos permitirnos ciertos lujos— poseía un receptor de radio, al que pusimos cerco todo el día 18, sin más resultado que el de oír monótona música de baile.

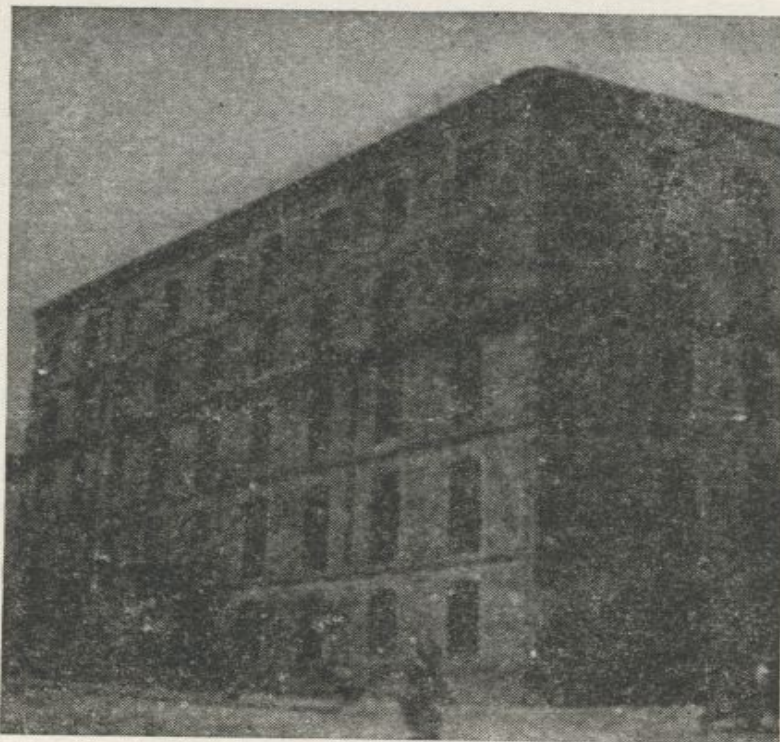
A las nueve y cuarto de la noche los habituales comunicados de Unión Radio surgieron inaudibles, confusos. El dueño del receptor, inspirado, decidió irse a Sevilla a través de las ondas, y nos llegó clara, tajante, la voz del locutor: "Serán pasados por las armas los que en el plazo de..."

Era la lectura de un bando de guerra, firmado inexplicablemente por Queipo de Llano, Inspector de Carabineros, y no, como sería lógico, por el Capitán General de la Región, general Villabrilie.

El cabo Ciudad continuaba callado oyendo nuestros disparatados comentarios. Paseaba midiendo con su zancada larga el cuarto de solteros. De pronto se detuvo, en actitud de, por fin, soltar alguna opinión, pero se contuvo y continuó paseando su rostro impasible, como si lo llevara en procesión. Recordé a un centurión romano de un paso de Semana Santa, e imaginé que los cirios de aquella procesión los llevaría el cabo encendidos por dentro, con la llama a flor de cerebro, quemándole las membranas en bruscas inclinaciones a derecha e izquierda.

Todos nos mostrábamos conformes en que o había que unirse al Ejército, para morir de un disparo de escopeta posiblemente, o aliarse con el alcalde y sus prosélitos, probablemente para caer empujados

por un disparo de fusil. Existía mucha diferencia entre el cabo y nueve guardias para que nos atreviésemos a influir sobre él directamente. Continuamos nuestros comentarios —nuestra longitud de voz aumentaba o disminuía según la distancia del cabo en sus paseos— sobre lo que cada uno haría o no haría, proclamando un ardor siempre exagerado.



Cuartel de la Guardia Civil de Jaén

Realmente ninguno sabíamos qué sería lo mejor, lo más conveniente, lo más seguro, lo más honroso, lo más patriótico, lo más ceñido a nuestro deber de guardias civiles. Conocíamos, en cambio, de qué lado caían nuestras simpatías, pues en todos el levantamiento del Ejército había causado satisfacción.

El cabo decidió salir a la puerta y le seguimos. Estaba situado el cuartel en un barrio extremo, en cuyas inmediaciones todo parecía tranquilo. Sin embargo, pronto, a lo lejos, fue apareciendo gente en incesante movimiento. Algunos, al poco, comenzaron a acercarse para mirarnos, como si tuviesen orden de vigilar el cuartel.

Dispuso el cabo dividir la noche en dos turnos, para que mientras la mitad de la fuerza vigilaba, la otra descansara. No se cumplimentó la orden porque nadie quiso dormir. Por el contrario, se incrementó la vigilancia con algunas mujeres que vinieron a unirse a los cuchicheos y a los intentos de extraer noticias del receptor de radio.

A las dos de la madrugada, ya 19, comenzó cierta actividad. El Comandante de Puesto, requerido por aviso del Gobernador civil, fue a la central de telégrafos a recibir instrucciones. Salió acompañado de dos guardias y no regresó hasta la aurora. Según los guardias, el Go-

bernador civil había dispuesto un estrecho contacto y acuerdo con las autoridades civiles, y ya el cabo se había entrevistado en el Ayuntamiento con el alcalde. Sobre el resultado de las conversaciones nada dijo el cabo. Nos vimos forzados a continuar enredados en hipótesis.

Ya resultaba extraño que el Gobernador civil se hubiera dirigido directamente al cabo. Lo lógico —nos atrevíamos a pensar— era que la orden la hubiese transmitido el Jefe de la Comandancia. Pero tendríamos que ir acostumbrándonos a prescindir de la lógica a partir de entonces.

Según me enteraría con detalles tiempo después, en la capital no rodaban muy bien las cosas. El Jefe de la Comandancia, don Pablo Iglesias Martínez, se mantenía indeciso, contrariando y paralizando el entusiasmo de la oficialidad y tropa. Los capitanes Cortés y Amezcua parecían los más resolutivos. A ellos se uniría más tarde Rodríguez de Cueto. El teniente coronel, secundado por los comandantes Navarro y Nofuentes, trataba de contener “resoluciones insensatas”. Algunos falangistas habían acudido al cuartel de la Comandancia para unirse a la Guardia Civil, confiados en que el Cuerpo, según habían convenido varios oficiales, se sumaría al Alzamiento.

Al conocerse la actitud de Queipo de Llano en Sevilla se había producido una corriente de entusiasmo entre las fuerzas, que creían ahora que el Jefe de la Comandancia les apoyaría resueltamente. No fue así, a pesar de la insistencia de los capitanes.

El Gobernador civil había ordenado la entrega de armas al pueblo, lo que se negaba a cumplir el teniente coronel Iglesias, nunca se sabrá si de buen grado o por temor a una oposición violenta de sus subordinados. Mientras tanto, los socialistas se habían ido reuniendo en la Casa del Pueblo, a la que continuamente llegaban nuevos campesinos empuñando las más diversas armas. Las calles de Jaén estaban inundadas de grandes masas de jornaleros y obreros enardecidos y vociferantes. Pronto comenzarían los desmanes, empezando por el asalto al palacio episcopal...

\* \* \*

En Santisteban continuábamos a la expectativa. Al amanecer, acompañado de otro guardia, estuve en telégrafos para enviar un despacho del cabo al Jefe de la Comandancia comunicándole que estaba de acuerdo con las autoridades civiles.

Hice otra salida al Ayuntamiento, ahora con el Comandante de Puesto, a quien había llamado el Delegado gubernativo de Jaén para pedirle, afable y sospechosamente cariñoso, la detención de un vecino del pueblo, armado de escopeta, que andaba amenazando y queriendo atropellar a los obreros. Se trataba de un agricultor amigo nuestro, presuntuoso y bravucón, a quien nadie, acostumbrados todos a sus fanfarronadas, hacía caso. El Delegado gubernativo de Jaén se encontraba en Santisteban desde una semana antes, en investigación de incidentes habidos con motivo de la recogida de armas dispuesta por el Gobierno y que había suscitado protestas derechistas, ya que nosotros sólo

podíamos recoger sus armas, cuya existencia conocíamos por tenerlas legalizadas, mientras que nos veíamos imposibilitados de intervenir las de los izquierdistas, en su mayoría clandestinas.

De regreso en el cuartel nos dividimos en dos grupos y salimos por huertas y caseríos cercanos. Encontramos segadores, en grupos de cuatro, seis o más, armados y engreídos con sus hoces. Nos miraban con hostilidad. Creo que al cuello. Nosotros no podíamos ignorar quiénes eran nuestros enemigos. Los segadores, en tensión desde nuestra aparición, se relajaban con una mueca que quería ser sonrisa cuando oían nuestra pregunta amistosa acerca de un hombre armado y derechista. Estos interrogatorios, muy repetidos, daban una viva sensación de interés por nuestra parte.

Y, demostrando nuestro celo, pronto volvimos al cuartel, donde ya se habían recibido órdenes. Nos reunió el cabo en la sala de armas. Había que prepararse inmediatamente para salir concentrados a Ubeda —cabecera de Compañía—. Todos irían en camiones, excepto Corzo, Rodríguez y yo, que tendríamos que llevar los caballos.

En los preparativos llegó al cuartel el alcalde, rodeado de varios concejales y guardias municipales. Como medida de precaución, sólo a él se le dejó entrar. Se apartó con el cabo al patio y mostró un telegrama del Gobernador civil, en el que se le ordenaba que con toda la fuerza armada de la localidad y voluntarios saliese para unirse en La Carolina a una columna de milicias. El Comandante de Puesto le dijo que también él tenía un telegrama. Lo mostró y el alcalde se extrañó con alegría visible. Nunca se hubiera atrevido a sospechar que podría desprenderse tan fácilmente de la Guardia Civil.

La noticia cundió por el pueblo. Comenzaron a acudir a la puerta del cuartel numerosos vecinos, en cuyos rostros se reflejaba indisimulable satisfacción. Vinieron al fin los camiones. Los guardias y familias subieron a la caja en un incesante lloriqueo. Nosotros, los de caballería, espectadores resignados, les vimos partir tratando en vano de ocultar ridículos gestos sentimentaloides.

Los frentepopulistas curioseantes llegaron a invadir el patio, pretendiendo disimuladamente examinarlo todo. Nosotros, como si no existieran, preparamos nuestros caballos, cerramos el cuartel, y, después de entregar las llaves al guardia municipal comisionado por el alcalde, montamos y abandonamos para siempre Santisteban del Puerto.

Mientras estuvimos en el pueblo nada había sucedido. El futuro abría sus puertas sin centinela.

## JAEN, COMANDANCIA NEUTRAL

Con la gesta heroica del Santuario de Nuestra Señora de la Cabeza, la Comandancia de Jaén escribió la más bella y gloriosa página de la historia de la Guardia Civil. Resulta paradójico que fuese esta Comandancia precisamente la única neutral en los primeros días de la guerra civil. Esta neutralidad se nos antoja absurda. Es incomprensible que una fuerza armada de tanta personalidad institucional y militar como la Guardia Civil pudiera lograr mantenerse en una provincia al margen de un

conflicto armado que involucraba de una u otra forma a toda la nación. Sin embargo, la Comandancia de Jaén lo consiguió durante más de un mes.

El mérito o demérito —que cada cual lo juzgue como crea conveniente— se debió al teniente coronel Iglesias, jefe de la Comandancia, quien tuvo el acierto de agrupar a sus fuerzas en tres puntos estratégicos de forma que la milicianada roja no se atreviera en ningún momento a hostilizarlas. En Jaén no se produjeron los asaltos a cuarteles ni las matanzas de guardías que en otras muchas provincias.

La neutralidad se vio favorecida por la circunstancia de que no existieran en Jaén fuerzas militares que pudieran tomar la iniciativa. En la preparación del Alzamiento la provincia había quedado casi olvidada. Unicamente hubo contactos a nivel medio, entre falangistas y oficiales del Cuerpo, pero sin directrices ni planes concretos. El teniente coronel Iglesias no se sumó al Alzamiento, pero tampoco se opuso. Y nadie intentó con firmeza forzarle a una decisión, porque su Comandancia desde el primer momento se mantuvo reunida estratégicamente, preparada y potencialmente peligrosa.

La Guardia Civil terminaría luchando contra el Gobierno de la República. Y su lucha, su rebelión, alcanzó un mérito extraordinario, superior al de otras Comandancias, porque no fue una resolución ni planeada, como la de otras cuyos mandos figuraban dentro de la conspiración, ni precipitada o instintiva, como la de aquellos que se vieron sorprendidos por los acontecimientos y tomaron improvisadamente una decisión acertada. Fue una rebeldía consciente, meditada, esperada; una rebeldía que causa estupor, pues se llevó a cabo con el enemigo alrededor y advertido, bajo el influjo de una propaganda tenaz y demoledora, cuando la victoria del Ejército Nacional no se veía ya tan paseo militar como pudiera creerse en un principio y como había sucedido en pronunciamientos históricos anteriores. Se llevó a cabo precisamente cuando en la provincia se movía el ejército de Miaja, el único a pie de guerra en la España republicana.

El mérito aquí, naturalmente, no fue del teniente coronel Iglesias, ya por estas fechas desaparecido de escena, llamado a Madrid por el Gobierno. Los héroes de la adhesión al Movimiento fueron tres capitanes: Cortés, Reparaz y Amezcua, a cuyas órdenes quedaron distribuidas las fuerzas de la Comandancia.

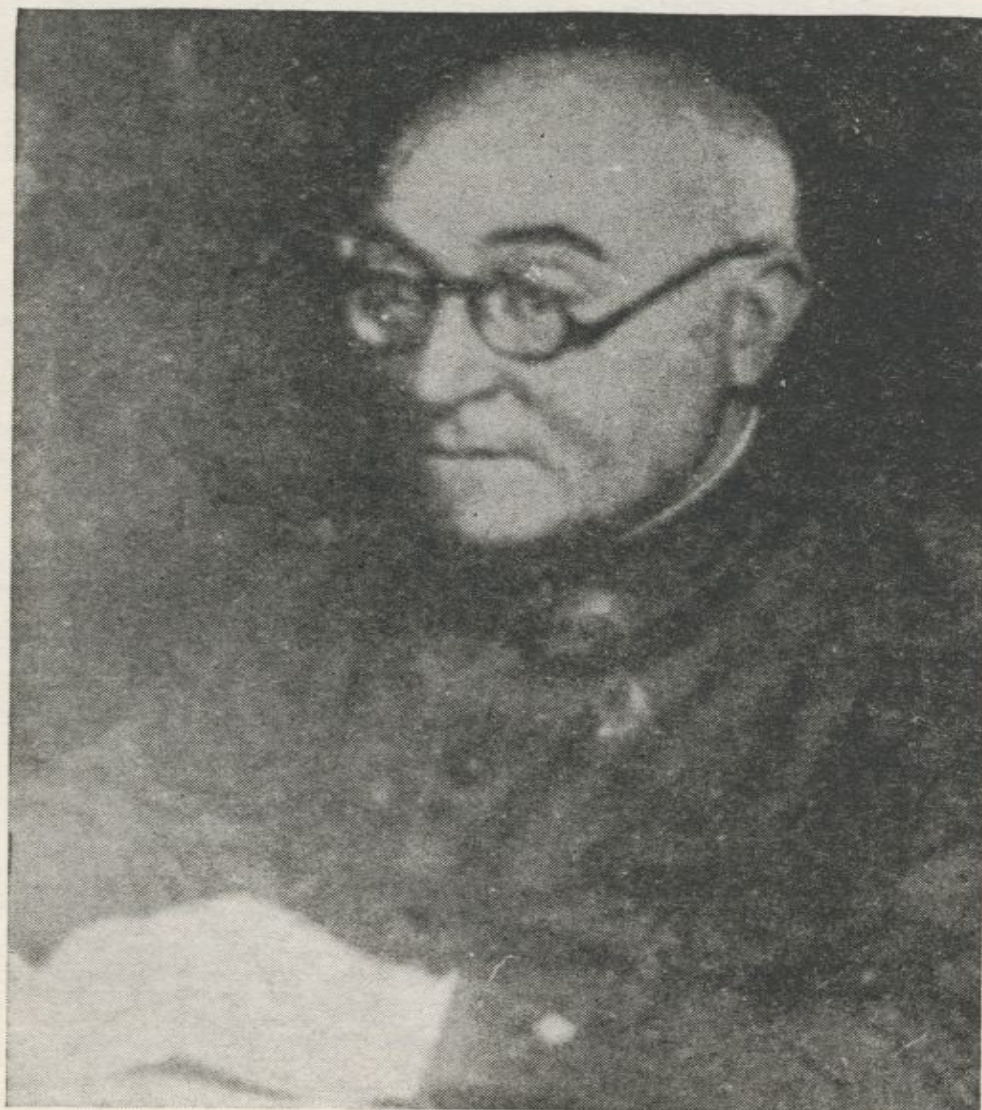
Los puntos de concentración fueron Jaén, Ubeda y Andújar. A estas reuniones no se opuso el Gobernador civil. Incluso cursó órdenes para que no se atentara contra cuarteles ni se produjeran agresiones a la fuerza en viaje hacia los puntos de concentración, temeroso de que un ataque de este tipo quebrara el delgado hilo que sostenía la, para él, cómoda neutralidad.

En Ubeda se concentraron todos los Puestos de la segunda y tercera Compañías, familiares incluidos. Los de caballería de Santisteban del Puerto llegamos ya de noche, con los caballos agotados. En el cuartel reinaba una confusión indescriptible. Se hacía imposible el alojamiento de cerca de doscientos guardias con sus familias en un edificio construido para veinte. Los corredores y las escaleras se convirtieron en pabellones de paredes imaginarias, alfombrados en toda su superficie

por colchonetas y jergones de paja. Fue aquella una noche de llantos, gemidos y conversaciones incesantes en alta voz.

En los días sucesivos, aparte de algún servicio de vigilancia, parecía no existir otra misión que la de captación y repetición de noticias y rumores. Por fin, se dijo, el teniente coronel Iglesias había accedido a las presiones del Gobernador y empezaba en la provincia la entrega de armas al pueblo. Supimos de la actitud valiente del cabo Vivas Chaverna, del Puesto de Fuente del Rey, quien se negó en redondo a cumplir la orden. Al presentarse un Delegado de Orden Público autorizado para retirarlas, le expulsó del cuartel, le desposeyó de la documentación y le amenazó con fusilarle.

En dos de los puntos de concentración, Jaén y Ubeda, permanecíamos a la expectativa. Los milicianos, por tanto, gozaban de plena libertad para cometer desmanes, que alcanzaron mayor importancia en la capital, donde fueron asaltadas y quemadas las iglesias de La Merced y de las misioneras del Corazón de María, con la rúbrica del asesinato



General don José Miaja Menant

de varios religiosos, a cuyos cadáveres, después de pisoteados, les fueron sacados los ojos. Las cárceles se llenaban de detenidos.

Supimos también que unos cincuenta guardias civiles, al mando de los tenientes Martínez y Del Amo se habían pasado a la otra zona, por la parte de Granada. Esta maniobra exacerbó aún más los ánimos frentepopulistas y en Jaén hubo que reunir a toda la fuerza y familiares en el cuartel de la Comandancia, abandonándose los restantes cuarteles del extrarradio, con escasas condiciones defensivas, ante posibles asaltos de las masas.

En Ubeda la vida se fue regularizando dentro de lo posible. Al servicio de vigilancia se unían esporádicas salidas a pueblos inmediatos para reprimir desórdenes. Incomprensiblemente nunca degeneraron estas intervenciones en lucha abierta con los milicianos, gracias a verdaderos equilibrios de tacto y prudencia.

Por aquellos días mi preocupación por los acontecimientos se vio incrementada al caer enfermos mis dos hijos, entonces de dos años uno y de seis meses la otra. Los tendí en un jergón, en un pasillo abierto a las corrientes del aire, del que había desertado el verano. Tenían alta fiebre y continuamente se rascaban el cuerpo cubierto de pústulas. No era enfermedad de cuidado, pero la falta de higiene y de adecuada asistencia médica, unido a la incertidumbre de que en cualquier momento tendría que abandonarlos, me obligaban a mantenerme continuamente inquieto.

Ya se hablaba de la columna del general Miaja y de una ofensiva sobre Córdoba.

Esta columna se había formado en Albacete, tras la ocupación por las fuerzas rojas después de una fuerte resistencia por parte de la Guardia Civil (2). En ella formaban algunas unidades del Ejército y grandes contingentes de milicianos de las provincias de Albacete, Murcia, Valencia y Alicante. Al pasar la columna por Jaén iría engrosando sus filas con elementos militares y civiles, hasta alcanzar un considerable número de hombres (3).

(2) Véase «La Guardia Civil y el Alzamiento Nacional. Albacete». Por Francisco Aguado Sánchez. R.E.H.G.C. número 12, pág. 43.

(3) Se han barajado las cifras de tres mil y cinco mil hombres, números redondos, es decir, inseguros. Los historiadores no se han puesto de acuerdo. Parece imposible determinar el número de componentes de esta columna improvisada y anárquica. Constantemente se unían o se separaban grandes grupos de milicianos. Creemos que se ajusta bastante a la realidad Ramón Salas Larrazábal en su obra «Historia del Ejército Popular de la República» (Editora Nacional. Madrid 1973, tomo I, pág. 280), según el cual «La columna Miaja la componían inicialmente un batallón del regimiento número 33 de Cartagena, al mando del comandante Balibrea, con el capitán Calderón de segundo jefe; un batallón del regimiento Tarifa de Alicante; el batallón de ametralladoras núm. 3 de Castellón mandado por su jefe el teniente coronel Peire, que llevaba de segundo al comandante García Vallejo; un grupo de baterías del regimiento ligero número 5 de Valencia al mando del comandante Joaquín Pérez Salas; un grupo mixto de los regimientos sexto ligero de Murcia y tercero pesado de Cartagena al mando del comandante Gerardo Armentia; dos compañías de Carabineros; dos de marinería; 300 guardias civiles y el grupo de asalto del comandante Viqueira Fullón. Como todas las columnas traía su cortejo de milicias procedentes de Albacete, Alicante, Murcia y Cartagena.

Pronto se incorporarían también algunas compañías del regimiento Vizcaya, de Alcoy, al mando del teniente García Domenech. Con las baterías venían los capitanes Cifuentes y Blanco Pedraza, que posteriormente tendrían destacada actuación en los frentes de Córdoba y Extremadura, pero el grupo más compacto de oficiales fue el del batallón de ametralladoras núm. 1, de guarnición en Castellón, del que salieron el comandante García Vallejo y el capitán Martín Calvo, que mandarían cuerpo de ejército y varios más que alcanzarían mandos de brigada y división.

Esta fuerte columna, con un potente esqueleto de fuerzas regulares, sirvió de núcleo a formaciones de milicias procedentes de Albacete, Alicante y Murcia, y muy especialmente a las locales de Jaén y Córdoba. Los dos grupos principales los constituyeron las milicias de Jaén que mandaba el diputado Peris con el capitán Juan Fernández Pérez como técnico militar, y el que desde Albacete traía a su frente al teniente de Carabineros Jarillo. El también

En Ubeda se recibió orden de unirnos a la columna Miaja los guardias civiles y la fuerza de la Zona de Reclutamiento y Depósito de Recría y Doma. El capitán de nuestra Compañía, don Eusebio García del Castillo, tuvo el valor de oponerse, argumentando el peligro en que quedarían las numerosas familias albergadas en el cuartel. Se optó al fin por dejar en Ubeda cincuenta y siete guardias civiles, a las órdenes del teniente Jefe de la Línea de Villanueva del Arzobispo.

La lista de elegidos para unirse a Miaja fue expuesta en la sala de armas, en la que nos precipitamos todos. No quería yo figurar en ella y no vi mi nombre. Pero alguien me lo señaló con el dedo. Salí cabizbajo buscando la mejor forma de dar la noticia a mi mujer, siempre, como todas en aquellos días, sumergida en llantos y lamentos. Al fin me decidí por la vía rápida y se lo dije de improviso. Después entré en razonamientos. Quizás fuera mejor que me marchase. En la provincia de Jaén, tarde o temprano, acabarían por matarnos a todos. En el frente tendría ocasión de pasarme a la zona nacionalista. Ella, mientras tanto, podría irse a Villacarrillo, con su familia, y no tardaríamos en reunirnos.

A la caída de la tarde nos pusimos en marcha. Pasamos por Rus, Canena, Linares y Bailén —grupos de curiosos armados de escopetas, con pañuelos rojos en todos los pueblos— y llegamos a Andújar bien entrada la noche. Fuimos alojados en grupos de tres o cuatro en casas particulares.

## ANDUJAR Y EL CAPITAN REPARAZ

Tan sólo un mes llevaba el capitán Reparaz en Andújar. Su nombre se había hecho famoso entre los componentes del Cuerpo a causa de un prestigio personal poco común. Había permanecido más de un año en comisión en la República de El Perú; fue profesor del Colegio de Valdemoro y se había distinguido en la investigación de los sucesos revolucionarios de Asturias. La prensa aireaba su nombre con frecuencia, no precisamente en términos elogiosos; juntamente con el comandante Doval se le querían exigir responsabilidades, culpándole de “excesos represivos”, acusación muy de moda en los días del Frente Popular contra las fuerzas de orden público. Se hablaba mucho de la inteligencia de Reparaz, de la que daría sobradas muestras, y por los Puestos andaba un Manual escrito por él.

Sin duda, su experiencia en la revolución de octubre le había servido en esta ocasión para imponer su autoridad en Andújar, población de gran censo campesino y foco de continuas discordias sociales. No tardé, tras mi llegada a la localidad, en enterarme de lo sucedido durante los primeros días del Alzamiento.

El hecho más comentado era la refriega habida entre guardias y milicianos. Las masas revolucionarias habían decidido la eliminación de los

---

teniente Antonio Máximo venía con los alicantinos. La representación y dirección política de la columna la ostentaban el diputado de izquierda republicana Vicente Sol (que poco más tarde sería nombrado Gobernador civil de Córdoba y que para seguir a la columna, con la que había salido desde Alicante vía Albacete, renunció al puesto que desempeñaba en la comisión delegada del Gobierno para Levante), Crescenciano Bilbao y Alberto Fernández Ballesteros, que desempeñarían puestos importantes en el comisariado, en el que el segundo de ellos llegó a ser comisario general del Ejército de Tierra y el último del Ejército del sur.»



Caballería de la columna Miaja, a su paso por Andújar

derechistas más destacados, y en la tarde del 20 de julio se dispusieron al asalto del domicilio del Juez Municipal y otros inmediatos. Gran número de milicianos se aglomeró en las calles y esquinas próximas. El capitán Reparaz salió con unos quince guardias hacia el lugar de los sucesos. A su llegada vio que los milicianos, unos doscientos, con escopetas y rifles, habían iniciado ya el tiroteo contra los edificios. Sin dudar un momento ordenó el despliegue de sus fuerzas, las cuales tomaron posiciones. A las primeras intimaciones para que cesaran en los disparos, los rojos respondieron haciendo fuego contra los guardias. Reparaz ordenó repeler la agresión y seis marxistas quedaron muertos y otros tantos heridos. Los milicianos, que tantos alardes de valentía hicieran momentos antes, corrieron despavoridos y desaparecieron. Por parte de la fuerza resultó un guardia herido (4).

Con esta decisiva actuación, Reparaz había cumplido lo que prometiera la noche anterior públicamente, desde el balcón del Ayuntamiento. En la tarde del día 19 había ordenado la requisa de todas las armas en las armerías, consiguiendo unas quinientas, que fueron ocul-

(4) Con referencia a este episodio, en «Historia de la Cruzada Española» (Tomo VI, pág. 138) se relata que el Gobernador civil telefoneó al Jefe de la Comandancia, teniente coronel Iglesias, a quien dijo: «Son seis los muertos que han quedado tendidos en las calles de Andújar, y todos pertenecientes a las milicias del pueblo. Esto es intolerable... Ese capitán Reparaz es un insensato y esto va a traer graves complicaciones.»

tadas en el cuartel. La decisión por lo visto no había gustado a los elementos frentepopulistas. Al anochecer, una manifestación tumultuosa, capitaneada por el alcalde y con profusión de banderas rojas, se presentó a las puertas del cuartel. Reparaz salió a recibirles y, a invitación del alcalde, se dirigió al Ayuntamiento. La primera autoridad local se asomó al balcón, manteniendo a su derecha al capitán Reparaz, y habló a los manifestantes. En su arenga anunció que la fuerza pública se hallaba hermanada con el pueblo en la tarea de defender a la República y la revolución. A continuación invitó a Reparaz a que hablara a los manifestantes. No dudó el capitán. Fue breve y tajante: *“La fuerza pública piensa como yo. Nuestro deber nos obliga a defender las vidas y la propiedad. No toleraré desmanes, ni de las derechas ni del Frente Popular. El que los cometa habrá de atenerse a la sanción rápida y enérgica de la Guardia Civil.”* (5)

La columna Miaja ya se encontraba en Andújar a nuestra llegada. En *“Historia de la Cruzada”* se dice que el día 29 de julio *“hizo irrupción en Andújar una fuerte columna roja, la de Miaja, provista de toda clase de armamento y con Estado Mayor completo y que con ella venía el capitán García del Castillo, que mandaba la Línea (?) de Ubeda, y a sus órdenes traía cincuenta guardias”*. Este párrafo carece de exactitud. Nosotros nos incorporamos a la columna el 29, cuando ésta ya se encontraba en Andújar, y no éramos cincuenta, sino ochenta (6).

Con la columna venían otros guardias civiles, unos sesenta, pertenecientes a la Comandancia de Murcia. Los efectivos rojos eran en total, a su llegada a Andújar, seis baterías, un batallón y una compañía de ametralladoras, una compañía de Carabineros y varias unidades incompletas de Infantería, además de los guardias civiles de Murcia (7).

Supimos también que el capitán Reparaz se resistía a incorporarse a la columna Miaja. Con ésta venía un diputado socialista, Vicente Sol, que al frente de una comisión fue a visitarle y a amenazarle con bombardear el cuartel si negaba su adhesión a las fuerzas republicanas. Reparaz despidió a la comisión con frases fuertes, ofendido de las amenazas. Más tarde se reanudaron las conversaciones entre Reparaz y Vicente Sol. Hubiera sido suicida mantener una postura intransigente, ya que la superioridad roja era abrumadora, y Reparaz, a partir de entonces, decidió volverse cauto. Iba a iniciar desde aquel momento una hábil táctica individual de disimulo, argucias y derroche de inteligencia para salvar la vida de incontables guardias civiles y familiares, al mismo tiempo que servía su propósito principal de buscar ocasión para pasarse a zona nacionalista. Comenzó imponiendo extrañas condiciones para unirse a Miaja. Se había de permitir que todos los guardias civiles marcharan en bloque y en vanguardia, para resolver los primeros encuentros, y no estar supeditados a la dudosa actuación de inexpertas unidades de milicianos, que no ofrecían garantías de resolver

(5) Tomamos estas palabras del propio capitán Reparaz en su obra *«Desde el Cuartel General Miaja al Santuario de la Virgen de la Cabeza»*. Artes Gráficas Afrodisio Aguado. Valladolid, 1937, pág. 44.

(6) Reparaz, en su ob. cit. da también la cifra de «cincuenta guardias civiles del Puesto de Ubeda» (?), y seguramente de él la tomó *«Historia de la Cruzada»*.

(7) Todos estos datos los comunicó Reparaz, según él mismo cuenta, al general Queipo de Llano, por conducto de un empleado de la Compañía de Electricidad Mengemor.



El general Miaja y su Estado Mayor presenciando el desfile de la columna, formada para el ataque a Córdoba

situaciones en las que peligrara la vida de los componentes de la columna.

El mismo día emprendimos la marcha hacia Córdoba. Se nos había provisto de comida en frío para un par de días. A la salida de Andújar, antes de llegar al puente sobre el Guadalquivir, se produjo el primer incidente entre los mandos de la columna y los capitanes Reparaz y García del Castillo, jefes de las dos compañías de guardias civiles. A nosotros, los guardias, detenidos en la carretera, llegaban continuamente órdenes contradictorias. Subíamos y bajábamos de los camiones como si se tratara de entrenarnos. La causa radicaba en que se quería organizar la columna de forma que los guardias civiles fuésemos mezclados con unidades de soldados y milicianos. Se veía así la intención de dividirnos, pese a las promesas hechas. Colocados en pequeños grupos y arropados se haría imposible cualquier iniciativa.

Al fin se impuso Reparaz con sus razonamientos e iniciamos la marcha en vanguardia, todos los guardias civiles unidos.

Carretera adelante, a unos setenta y tantos kilómetros, estaba Córdoba. Hubiera bastado ordenar a los conductores que continuarán sin detenerse, a toda velocidad, para alejarnos de los otros vehículos, e izar bandera blanca a fin de soslayar un posible ataque de los escasos núcleos nacionalistas que pudiéramos encontrar. ¿Qué hubiera sido entonces de las familias de Andújar, Ubeda y Jaén? En mi opinión, Reparaz sopesó las consecuencias que acarrearía una decisión de este tipo. Seguramente se produciría un ataque organizado contra el cuartel de la Comandancia de Jaén, evitado hasta entonces a fuerza de hábiles conversaciones.

A las once de la noche llegamos a Montoro y nos detuvimos. Pronto

nos alcanzó el grueso de la columna y nos distribuimos por el pueblo para alojarnos. A nosotros nos correspondió la iglesia parroquial, donde se extendieron colchonetas de borra. Habían desaparecido las imágenes de las hornacinas. El altar mayor aparecía desolado. El sagrario, abierto, daba la impresión de un vacío total y absoluto. En principio no nos atrevíamos a elevar la voz, llenos de un sagrado respeto. Pero pronto los susurros fueron animándose y se convirtieron en la algarabía propia de hombres en rebaño, que hablan y no piensan, capaces de cualquier cosa, como la de echarse a dormir a pierna suelta en cualquier sitio y en cualquier circunstancia.

En Villa del Río, primer pueblo de la provincia de Córdoba, al que llegamos a la mañana siguiente, encontramos que ya la ciudad estaba ocupada por una heterogénea milicianada, también de la columna Miaja, llegada por otros itinerarios. Nos detuvimos el tiempo imprescindible para repostar y continuamos hacia Bujalance, donde también encontramos numerosas tropas. Aquí predominaban los soldados sobre los milicianos. En su mayoría eran reclutas en disfrute de permiso, recuperados en los pueblos de Albacete y Jaén y obligados a incorporarse a la columna. Todas estas fuerzas las mandaba un comandante, pariente de Azaña, quien nos reunió para presumir de dotes oratorias.

Trató de atraerse nuestra confianza exaltando las tradicionales virtudes de la Guardia Civil. Esbozó la situación política del país y las circunstancias históricas. Apeló a nuestro deber patriótico, y tanto exaltó su confianza en nosotros que claramente podía adivinarse su idea de que nos pasaríamos tan pronto él dejara de tenernos sujetos con su palabra. Quizás para evitarlo nos ofreció comer del rancho que se hacía para todas las tropas en Bujalance, sin abonar cantidad alguna por ello. Además se nos serviría la comida de forma preferente al resto de la tropa y con todos los honores.

Sólo pudimos gozar de este privilegio aquella noche y durante la comida del día siguiente. Por la tarde reanudamos la marcha hacia Morente, Pedro Abad y El Carpio. Ya en esta localidad, pero cuando aún continuábamos en los camiones, aparecieron tres aviones de dudosa identidad. Algunos milicianos, desde la cuneta de la carretera, alzaron los brazos en ademán de saludo. Los aviones dieron una pasada y volvieron, una vez elegidos los objetivos. Parecía que el blanco de sus preferencias eran nuestros camiones. Comenzaron a caer bombas a nuestro alrededor. Saltamos de los vehículos y corrimos hacia las casas, arremetiendo contra las puertas para encontrar refugio. Era nuestro bautismo de fuego. Aseguraríamos que las bombas caían ininterrumpidamente y que cada una pesaría por lo menos media tonelada. Después sabríamos que un bombardeo era mucho más que aquello. Pero entonces nuestros bigotes temblaban. Por todas partes se oían gritos, voces y ayes de dolor. La confusión y el miedo se agrandaban con el repiquetear incesante e inútil de dos ametralladoras situadas en la casa más alta del pueblo. Todo lo veíamos desorbitado. Nos parecía que el pueblo sería arrasado por las bombas y que no tardarían las llamas en prender en los edificios que nos cobijaban.

El pánico durante los primeros bombardeos de la guerra fue así, absurdamente exagerado. Y a ello se debió que la aviación ejerciera una

influencia tan decisiva. Ni el pueblo ni las tropas habían sido instruidos para resguardarse eficazmente de la acción de las bombas, ni —lo más importante— se había hablado de los insignificantes daños que en realidad podía ocasionar aquella incipiente aviación.

Nos enteramos, con sorpresa, después de “puestos en fuga los aviones por las ametralladoras”, cuando esperábamos conocer la destrucción de la mitad del pueblo, que las víctimas se reducían a dos soldados muertos, un teniente y un guardia herido y algunos vehículos averiados. También creo recordar de un vecino de la localidad, un joven de veinte años, al que la metralla le deshizo un muslo y murió a las pocas horas.

Después del bombardeo los mandos desaparecieron como si se los hubiere tragado la tierra. Si se deseara buscar en la historia algún ejemplo típico de ejército anárquico, había que pensar preferentemente en aquella columna Miaja a la que nos habíamos incorporado. Nadie se preocupaba de situar o alojar a la tropa. Por lo que respecta a nosotros, el capitán Reparaz seguramente había comenzado ya sus intrigas, de las que saldría su destino al Cuartel General de Miaja. A García del Castillo tampoco le vimos después del bombardeo. Pasaban continuamente por la carretera grupos de milicianos y grupos de soldados que ni sabían de dónde venían ni lo que querían. Cada cual había quedado en libertad completa de hacer lo que le apeteciera.

Córdoba quedaba a 33 kilómetros y, casi a la mitad, Alcolea, en poder de los nacionales. En un paseo, sin preocupaciones en una noche



Nido de ametralladoras en El Carpio (Córdoba)

de luna como sería la próxima, nuestro intento de pasarnos se habría consumado. ¿Qué pensaban nuestros capitanes?

Pronto los soldados y milicianos desaparecieron de la carretera en busca de comida por las casas del pueblo. Nosotros, en un acto de disciplina innecesario, continuamos pegados a los camiones, esperando instrucciones que no llegarían. Quienes llevaban comida podrían aguardar tranquilamente. Otros y yo estuvimos sin comer en serio unos días. En los establecimientos próximos se hacía imposible adquirir alimentos. Habían sido cerrados por orden del Comité del Frente Popular, sin cuya autorización nada podía comprarse, aparte de que la moneda había sido abolida en el pueblo.

Al fin, algunos, cansados, se fueron ausentando. Los más continuamos pacientemente sobre el calor intenso de la carretera Madrid-Cádiz, de ardiente alquitrán. Vino la noche. En el silencio y en el cansancio llegaba hasta nosotros el rumor fresco del Guadalquivir, abajo del barranco que se iniciaba en el borde de la calzada. Bajamos hasta la orilla. Ya entonces padecía yo reuma. Pero no me importó la humedad. Bajo la arboleda de enormes eucaliptos acumulé paja reseca y me tendí sobre ella. Otros compañeros me imitaron. Ninguna digestión pesada podía impedirnos el sueño. El rumor del río invitaba a dormir.

Serían las doce de la noche. En aquel momento terminaba julio, mes de pesadilla. Quería huir de mis pensamientos. Por un instante me creí de servicio de correrías, en un alto para descansar junto a la placidez reconfortante de un río ancho y cargado de historia...

## EN EL CUARTEL GENERAL DE MIAJA

Amaneció agosto y subimos a la carretera. Nada había sucedido. Ningún coche circulaba. Continuaban cerrados los establecimientos. Decidimos esperar impávidos junto a los camiones. Por fin, a media mañana, nos ordenaron formar. Se aproximó un comandante de Infantería y nos dividió en dos compañías. Nada dijo de nuestra misión ni a dónde íbamos. Dispuso desplegar en orden de combate y nos abrimos en dos alas por las rastrojeras y olivares próximos en dirección a Villafranca, el pueblo más inmediato en la ruta de Córdoba. Pero tan sólo nos alejamos de El Carpio unos tres kilómetros, sin ver otra cosa que una avioneta nacional de reconocimiento que nos estuvo observando durante casi todo nuestro conato de avance. Apenas transcurrida una hora después de nuestra salida se nos ordenó regresar.

Tampoco sabíamos a qué regresábamos. La lógica nos decía que si aquello había sido una maniobra de entrenamiento, siendo como eran cerca de las dos, nos llevarían a comer. Sin embargo, el comandante jefe mandó romper filas y desapareció.

El trámite, según nos enteramos por un rumor inisistente, consistía en ir al Comité del Frente Popular y allí pedir comida. Muchos pensamos que aquello suponía una humillación y decidimos pasear por el pueblo, y por la noche volver a la orilla del río.

La dignidad o la soberbia también tienen un tiempo de vida limitado.

Al segundo día, agotadas todas las miajas de los macutos, decidimos dejarnos caer por la oficina del Comité.

El cinco de agosto se ordenó que un grupo de sesenta guardias retrocediera a Montoro, donde Miaja había instalado su Cuartel General. Suponía que esta medida era idea del capitán Reparaz, quien ya por aquellos días había ganado la confianza del general y comenzaba a disponer y estar en todos los sitios a un mismo tiempo. Y mis suposiciones se afianzaron a la vista de los acontecimientos.

Es posible que Miaja pensara que teniendo al capitán de su parte podría confiar en los guardias civiles de la columna. Esto justificaría que accediera a todas sus peticiones, una de las cuales consistió en el rescate de la fuerza del Puesto de Venta Cardeña, apresada y desarmada por los rojos. Reparaz consiguió incorporar estos guardias a su unidad y dotarles nuevamente de armamento.

Su principal preocupación se centraba en el abandono en que habían quedado las familias de los guardias civiles de Andújar, entre las que se encontraban numerosos falangistas que en los primeros días buscaron refugio en el cuartel. El pueblo de Andújar no perdonaba sus siete milicianos muertos, y el hecho de que existieran derechistas armados en el cuartel les resultaba de lo más chocante y ofensivo.

Pensó Reparaz en Lugar Nuevo, finca próxima al Santuario de la Cabeza, donde podría constituirse un refugio de posible defensa. Habló con Miaja y Vicente Sol (8), y les convenció para que autorizasen la evacuación de todos los amparados en el cuartel a aquella finca, donde quedarían protegidos por sesenta guardias mandados por el teniente Ruano.

Casi coincidió esta operación con la huida a zona nacional nada menos que de ciento treinta y cinco guardias civiles destacados a Alcalá la Real, en el frente de Granada, para reforzar la guarnición de milicianos. La aventura estuvo dirigida por el capitán Amezcua, aunque el jefe de las fuerzas fuera el comandante Navarro, a quien Amezcua detuvo.

Esta noticia, aunque en el fondo fuese motivo de alegría, nos causaba honda inquietud. A partir de ahora nuestra situación empeoraría, al aumentar la desconfianza de los milicianos.

En Jaén los rojos proyectaron simular y propagar una rebelión de la Guardia Civil, a fin de contar con un pretexto para asaltar el cuartel de la Comandancia. Había que actuar rápidamente. En Jaén se encontraba el teniente coronel Iglesias y los capitantes Cortés y Rodríguez de Cueto, entre otros oficiales. Todos convinieron en dejar hacer a Reparaz, que realizaba frecuentes viajes para entrevistarse con ellos. Pensaba el capitán en el Santuario como lugar óptimo de refugio para tantas familias y fuerza como continuaban en Jaén, y en este sentido dirigió sus gestiones.

Simultáneamente se producía la ocupación de Adamuz, llevada a cabo por el propio Reparaz en una de sus actuaciones más discutidas. ¿Por qué se mezcló el capitán Reparaz en aquella aventura? No tenía a su cargo ninguna unidad en la línea del frente ni ejercía mando ais-

(8) Para ello Reparaz (pág. 83 de su ob. cit.) obsequió a Miaja y Vicente Sol con una paella preparada por él mismo y que gustó grandemente a los comensales, quienes alabaron su «talento culinario».

lado. Ni seguramente nadie le encomendó tal misión. No cabe duda de que fue una de sus atrevidas ideas. ¿Jugaba a ser un Pimpinela Escarlata en su afán temerario de salvar guardias civiles? Esta idea de rescatar guardias y familiares en peligro podía ser el móvil principal de su decisión. Otro móvil —imposible saber si primero o secundario— pudiera ser el de ganarse por completo la confianza del general Miaja. Reparaz era consciente de que constituíamos un continuo motivo de recelo y al menor incidente podríamos ser hechos prisioneros. A este recelo había obedecido nuestro traslado de El Carpio a Montoro, medida tomada a raíz de la evasión del comandante Navarro y sus fuerzas. Entonces se pensaba que la decisión de pasarse, lógicamente, había sido del comandante y no del capitán Amezcua, subordinado a aquél, circunstancia que extrañó sobremanera a las autoridades rojas, dada la conocida postura antialzamiento de Navarro, y ello les hacía pensar que no se podía depositar confianza de lealtad en ningún guardia civil.

Con nosotros, con los sesenta enviados al Cuartel General, había venido el capitán García del Castillo, quien era nuestro jefe visible e inmediato. Nos dedicábamos exclusivamente a servicios de control y vigilancia como fuerzas de seguridad de Miaja, y era García del Castillo quien nombraba estas misiones. Sin embargo, nos íbamos dando cuenta de que, pese a ser más antiguo nuestro capitán de Ubeda, quien hacía y deshacía era Reparaz, inquieto, decidido y omnipresente.

Se comprenderá mejor el recelo sentido en general hacia la Guardia Civil si se piensa que la columna Miaja encontraba en su lento pero continuo avance tres focos de resistencia, los tres a cargo de guardias civiles adheridos al Movimiento. Estos focos eran Baena, Adamuz y Pozoblanco.

En Baena atacó una fracción de la columna roja y se retiró ante la oposición de los defensores, mandados por el teniente Jefe de la Línea don Pascual Sánchez Ramírez.

Adamuz es un pueblo cercano a Montoro, ya en la falda de la sierra, sobre una amplia y rica zona forestal. El cabo de la Guardia Civil Romualdo Reyes Martínez, al frente de seis guardias, algunos falangistas y guardas forestales resistía desde los primeros días del Alzamiento. Al no estar el pueblo sobre ninguna vía importante de penetración hacia Córdoba carecía de importancia estratégica. Debido a ello días antes se había dado la orden de evacuación de las fuerzas. Se intentó, pero la presencia en El Carpio de gran parte de la columna Miaja imposibilitó el proyecto. Regresaron a Adamuz, y se dispusieron a continuar la defensa, a pesar de que se le venía encima un enemigo potente, con cañones, ametralladoras y carros blindados.

Nada consiguieron los primeros ataques de los milicianos ante la tenacidad de los defensores. La razón hay que buscarla, si hemos de ser objetivos, en la ínfima calidad de aquel improvisado ejército rojo. Un ataque bien dirigido, disciplinado y coordinado hubiera dado al traste con la resistencia en unas horas, pues poco podían hacer siete fusiles (los de los guardias civiles) y algunas pistolas y escopetas de falangistas y guardas forestales contra el material de guerra que usaba la co-

lumna, máxime dada la situación de carencia de agua, luz, víveres y asistencia médica.

De madrugada, el diez de agosto, Reparaz formó una pequeña columna de guardias civiles, carabineros y soldados. Yo figuraba entre los guardias designados. A todos nos sorprendió desde el principio de los preparativos la exclusión total de milicianos. Incluso pensamos que había llegado la oportunidad tan deseada de pasarnos a zona nacionalista.

Partimos en coches y camiones por la carretera de Córdoba; y al llegar a Pedro Abad nos desviamos hacia la derecha en dirección a Adamuz, siguiendo el río aguas arriba por una carretera tortuosa. Pasamos la presa y nos adentramos en la sierra, poblada de inacabables pinares. Tras una última curva dimos vistas a Adamuz. Nos apeamos de los vehículos, desplegamos y entramos en las primeras casas del pueblo, ocupadas por milicianos armados. Las calles estaban sembradas de cadáveres.

El capitán Reparaz se entrevistó con los jefes rojos y les ordenó —este es el verbo exacto— que todos sus hombres se retiraran y salieran del pueblo. Los milicianos se negaron a obedecer. Despotricaban y alzaban sus armas por encima de sus cabezas en gestos de conquista. Sin embargo, la energía de Reparaz se impuso y todos acabaron por retirarse, aunque refunfuñando y profiriendo amenazas soeces contra los sitiados y nosotros, los nuevos sitiadores, que comenzamos a formar el nuevo cerco.

Alejados los milicianos, Reparaz se dirigió al cuartel, sin que se hiciera ni siquiera un disparo, y se entrevistó con el cabo Reyes. Esta entrevista ya estaba acordada por teléfono y las conversaciones se desarrollaron sin el menor incidente. Un grupo de guardias civiles, entre ellos yo, nos hicimos cargo de los defensores y sus familiares y los trasladamos a Jaén, donde se unieron a los refugiados del cuartel de la Comandancia.

No hubo ni disparos ni prisioneros. Difícilmente pueda encontrarse en la historia otro caso de conquista de una ciudad con mayor limpieza (9). Sin embargo...

La Prensa roja al día siguiente hablaba de un cruento combate entre las fuerzas de la República y los fascistas, que había terminado con la conquista de Adamuz, localidad de gran importancia en las operaciones militares, "habiéndose causado innumerables bajas al enemigo y capturado gran cantidad de armamento y material, en el que figuraban dos cañones de pequeño calibre".

(9) Refiriéndose a su idea de salvar a los guardias civiles de Adamuz y relatando una entrevista secreta con el cabo Reyes (pág. 92), Reparaz dice: «Resolví sobre la marcha. Hacía falta convencer a Miaja para que se respetara la vida de todos los defensores de Adamuz.»

Y, sin describir cómo se efectuó la ocupación del pueblo, continúa: «Lo conseguí. Sólo Dios sabe qué esfuerzos, qué especie de habilidades y de astucias tuve que desplegar en este y otros casos. Súplicas, argucias, promesas, todo cuanto pueda imaginarse, lo puse yo en práctica. Dios quiso que en todo acertara. Miaja aceptó que me llevara a los defensores de Adamuz a Jaén y de allí al Santuario. Yo estaba lleno de júbilo. Eran unas vidas más, unos cuantos hombres valerosos que salvaba para la causa de España. Tan salvados, que muchos de ellos se encuentran en libertad en territorio rojo, y otros están en una prisión; mas no han perecido. Hace poco tiempo, en una carta que venía del campo rojo, he visto la firma de uno de los defensores de Adamuz.»

Y cinco años más tarde, el capitán Reparaz sería acusado y procesado, entre otras cosas, por la conquista de Adamuz, queriéndosele responsabilizar de las muertes habidas en el pueblo, producidas con anterioridad a nuestra llegada y después de nuestra salida.

Antes del proceso se instruyó una información previa, terminada por el Juez con el informe que copiamos a continuación. Lo copiamos literalmente para que el lector se sienta sorprendido, no de inexactitudes que quizá no las hubiera, sino de los distintos puntos de vista desde los que puede observarse un mismo hecho.

"... El 19 de julio de 1936 la Guardia Civil de Adamuz se une al Movimiento obedeciendo las órdenes de V.E.... Con escasísimos recursos, sin armas ni municiones, teniendo en su poder solamente parte del pueblo, sin agua, luz ni alimentos hacen heroica resistencia causando a los rojos numerosas bajas, hasta el punto de que cuando las fuerzas rojas tomaron el pueblo llevaban catorce camiones vacíos para cargar las armas y municiones de los fascistas. Está plenamente demostrado que desde el cortijo "La Media Legua" el capitán Reparaz tuvo varias conferencias telefónicas con el cabo Reyes, según propia declaración de éste, y el día 9 de agosto, al atardecer, dentro del pueblo, se entrevistaron los citados anteriormente, asistiendo a esta entrevista un capitán de Carabineros, y al enterarse el señor... de lo que estaba ocurriendo se personó en el lugar de la reunión pudiendo apreciar que la rendición era un hecho..., pues ya no se obedecían más órdenes que aquellas que el capitán Reparaz dictaba. A instancias del señor... las fuerzas rojas no entraron en el pueblo hasta la mañana del día diez, y los guardias con su familiares y algunos paisanos fueron trasladados a Jaén. Las fuerzas que entraron en el pueblo fueron una compañía de guardias civiles, otra de Carabineros y otra de Ametralladoras y todas ellas las mandaba el capitán Reparaz. En el momento de la entrada, seis falangistas intentaron huir sin darse cuenta de que estaban cercados, siendo muertos a la huida, pues el capitán Reparaz había dado orden de hacer fuego sobre todos aquellos que intentaran escapar (declaración del señor... al folio 24). Son declaraciones interesantes y con gran aportación de datos las que hace este señor a los folios..., corroboradas por las que hacen los testigos ya mencionados, sacándose de todas ellas la conclusión única y terminante de que el capitán Reparaz fue el que rindió Adamuz y que entró en él el día 10 de agosto, al mando de las fuerzas rojas. El resultado de esta capitulación fue el asesinato y fusilamiento de trescientas personas, inmoladas en el mismo pueblo, otras en Jaén y otras en el tren de la muerte."

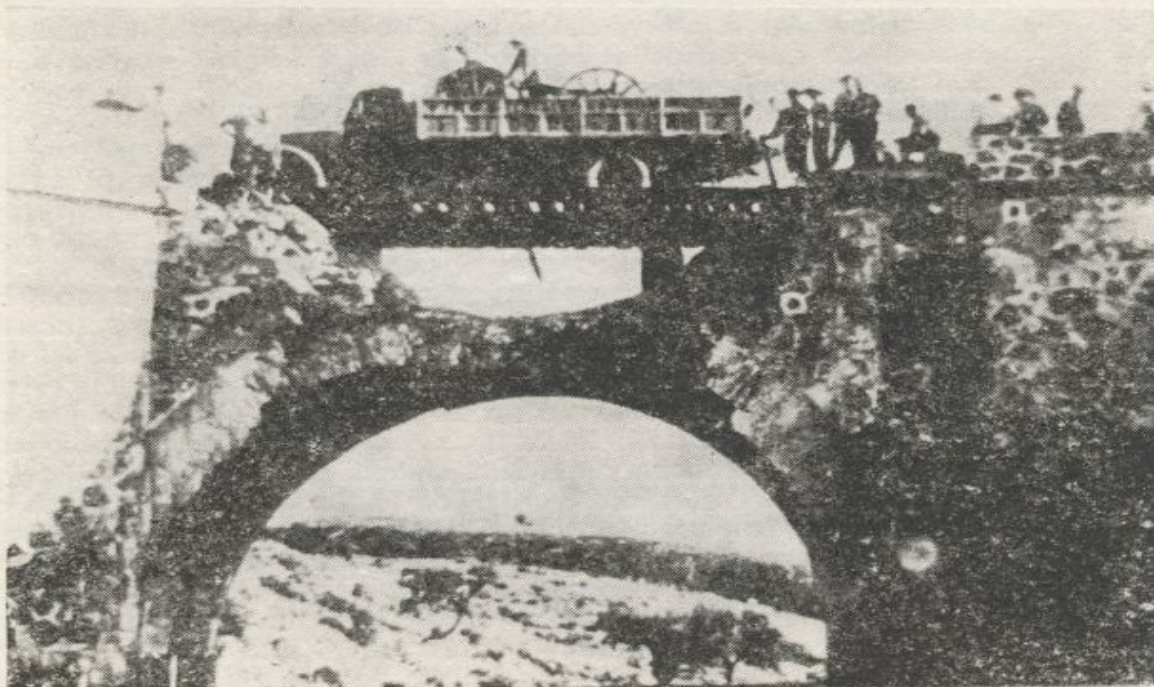
Como se verá, las acusaciones eran graves. Pero si se lee con detenimiento se observará que todas se basaban en la acusación de un señor que seguramente creía de buena fe que el capitán Reparaz mandaba la columna roja antes y después de la rendición de Adamuz, es decir cuando se produjeron los asesinatos. No tenía por qué saber que el capitán Reparaz en realidad sólo ejecutó una operación de rescate de los defensores cuando éstos se encontraban en riesgo de ser arrojados e inmolados por la masa roja.

Pero todo esto lo veremos más tarde con mayor detenimiento.

Ignoraba yo que el capitán Reparaz, en los días siguientes a la ocupación de Adamuz, hubiese estado en Pozoblanco. Desde luego su movilidad era constante y agotadora. Aparecía en Montoro, donde ya había regresado yo tras dejar en Jaén a la fuerza de Adamuz, y desa-

parecía rápidamente. Me consta que su preocupación por aquellos días se centraba en la agobiante y extraña situación del personal del Cuerpo refugiado en la Comandancia de Jaén. Sin embargo, estuvo en Pozoblanco, según se demostraría en el proceso.

Mandaba la compañía de la Guardia Civil de Pozoblanco el capitán don Francisco Rodríguez de Austria, quien el 18 de julio se sumó al Alzamiento sin el menor titubeo. Adoptó enérgicas medidas y concentró en la residencia las fuerzas de los Puestos de su unidad, con excepción de la de El Viso, unida a los rojos. Organizó pequeñas columnas para auxiliar a los pueblos inmediatos, y finalmente, ante el acoso incesante de los rojos y la proximidad de la columna Miaja, se vio obligado a establecer un dispositivo defensivo que le permitiera sostenerse hasta la llegada de auxilios.



Camión de la columna Miaja cruzando un puente destruido

Con el capitán Rodríguez de Austria se encontraba el del mismo empleo don José Rañal Lorenzo y los tenientes Canales y Valdés, quienes le secundaban con gran eficacia. En los primeros días de agosto la situación se fue haciendo insostenible. Se carecía de municiones y el enemigo se incrementaba incesantemente.

Según se diría en el proceso, el día 13 llegó a Pozoblanco "un Comisario Rojo", que luego resultó ser el capitán Reparaz. A la tercera entrevista con el capitán Rodríguez de Austria, el "Comisario Rojo" consiguió la rendición mediante la firma de un acta en la que se garantizaba el respeto a la vida de los sitiados. No obstante, después de la rendición, bastantes elementos militares y civiles fueron trasladados en dos trenes a Valencia, donde muchos de ellos serían fusilados. El capitán Reparaz —según también las acusaciones del sumario— estaba

en la estación a la salida de los trenes, e inmediatamente de la partida comenzaron los asesinatos, sin que se cumplieran en absoluto los acuerdos tomados, siendo más de cuatrocientas las personas asesinadas y fusiladas posteriormente, entre ellas los capitanes Rodríguez de Austria y Rañal y los tenientes Canales y Varona, dos suboficiales y numerosos guardias civiles y paisanos.

En el sumario no se aclara dónde se produjeron estas muertes; pero está demostrado que, al menos las de los guardias civiles citados, ocurrieron en Alicante y Valencia, algunas a bordo de barcos rojos (10).

## DE JAEN AL SANTUARIO

En Montoro, para nosotros, al menos, parecía no existir guerra. Nuestros servicios de control y vigilancia iban rodando por la pendiente de la rutina. Desde Montoro podía escribir a mi mujer y recibir sus noticias. Mis hijos habían mejorado, y ella, aparte de la inquietud y desasosiego que sentía por mi vida, se encontraba bien. Presentía yo que no había de tardar el momento de traspasar el frente y unirme al ejército nacional, y esta noticia vino a tranquilizar mi conciencia, siempre inquieta, siempre interrogándose sobre si hacía yo bien abandonando mi familia, por muy grandes que fuesen mis ideales patrióticos.

*“Reparaz no descansaba. Con mucha rapidez iba resolviendo todos los problemas que se referían a nuestro transporte (el de la fuerza de Jaén y familias al Santuario). Movíase de un lado para otro, y así en un santiamén logró arreglarlo todo.”*

El anterior es un párrafo del capitán Rodríguez de Cueto en su obra “Epopéya del Santuario de la Cabeza” (11), libro publicado dos años después que el de Reparaz y en el que también se estudian someramente los preliminares del asedio y los movimientos de nuestro biografiado.

Rodríguez del Cueto, al iniciarse el Alzamiento se encontraba en situación de supernumerario. Poco antes había estado mandando la Compañía de Guardias de Asalto de Jaén. Su notoria postura antiizquierdista le convertía en presa apetecible para los milicianos, quienes habían intentado detenerle en varias ocasiones. Logró eludir la persecución, refugiándose con la fuerza de la Comandancia. Sobre ello el interesado cuenta que Reparaz le dijo en estos días: *“Los he visto con tanta fobia contra ti, que, autorizado o sin autorizar, tú no puedes descubrirte de ningún modo. Estoy seguro de que donde te vean te matan, aunque sea a mi lado.”* (12). Parece deducirse de este párrafo que Reparaz creía ya haber conseguido cierto ascendiente y prestigio en el ejército rojo.

Indudablemente este ascendiente existía. A ello se prestaba quizá

(10) Sería muy extenso —y ajeno a este relato— historiar todo lo ocurrido en Pozoblanco y en general en el Valle de Los Pedroches, una comarca cordobesa donde la Guardia Civil también se cubrió de gloria y de mártires. Habrá que tratarlo todo ello en un trabajo independiente, a pesar de la dificultad de que pocos quedaron vivos para contarlo.

(11) Editorial Española, S.A. San Sebastián, 1939, pág. 29.

(12) Ob. cit., pág. 30.

la idiosincrasia de Miaja, de quien don Ricardo de la Cierva, estudiando al general en la defensa de Madrid, dice:

*“Era, en efecto, don José Miaja Menant un hombre tranquilo, nada espectacular, bonachón y en apariencia poco enérgico; pero su cualidad básica, el sentido común, la aplicaba a los rudimentos nada académicos del arte militar, tal vez como se entendía en aquella guerra tan poco académica, y tal vez ese sentido común, el coordinar los nuevos elementos de que disponía la defensa de Madrid, tuvo mucho que ver en el milagro. Junto al sentido común, Miaja derrochó otra cualidad nada corriente en los dirigentes españoles de su tiempo y de todos los tiempos: supo escoger a sus colaboradores, supo confiarse a ellos y jamás sintió celos o envidias ante las realizaciones brillantes que ellos supieron preparar y conseguir. Este factor es sumamente importante.”* (13)

He aquí un acertado retrato de Miaja. Nada tiene de extraño que entre tantos jefes y oficiales y politicastros como le rodeaban se fijara en el capitán Reparaz y le eligiera para su Cuartel General, esperando obtener frutos de su inteligencia y personalidad excepcionales. Pero sucedía que sus ideales —o sus predicciones— eran distintos. Mientras el general creía disparatado el Alzamiento, algo inviable, locura de unos cuantos generales, a los que había que oponerse por simple aplicación de un elemental sentido común, el capitán Reparaz pensaba más juvenilmente, más audazmente, que el triunfo caería del lado nacionalista, donde se daban unos valores morales y patrióticos de que carecía en absoluto el bando republicano.

Cabe pensar que si algún recelo existía en la mente de Miaja sobre la lealtad de Reparaz desapareció con motivo de la rendición de Adamuz, que le valió, al menos propagandísticamente, un sonado triunfo. No era frecuente que los rojos tomaran pueblos “tenazmente defendidos”, como dijo la Prensa que ocurrió en aquel pueblo cordobés.

Y Reparaz pasó su factura proponiendo y obteniendo el refugio del Santuario. Había que tener una gran habilidad o esgrimir grandes méritos para lograrlo. Conseguir en plena campaña de Miaja y el resto de las autoridades rojas, incluido el Gobierno, el traslado de 165 guardias civiles a un lugar apartado de la guerra, declarándolos neutrales de hecho, constituía una proeza pocas veces igualada en la diplomacia bélica. Lo oportuno hubiese sido incorporar toda aquella fuerza, veterana y adiestrada, a la columna roja o hacerla prisionera. Este éxito de Reparaz nunca se ha valorado suficientemente.

Para lograr tan difícil empeño, el capitán convenció en primer lugar al comandante Bernal, jefe accidental de la columna en aquellos días por viaje de Miaja a Madrid, y al Comisario Político, quienes, ante la insistencia de Reparaz, telefonearon al general y al Ministerio de la Guerra. Era Ministro entonces Hernández Sarabia, el cual telefoneó al Gobernador civil de Jaén autorizando la operación y ordenándole que colaborase con el capitán Reparaz, “quien dará solución al problema planteado por la Guardia Civil de Jaén”.

(13) «Historia ilustrada de la guerra civil española». Ediciones Lanae, S.A. Tercera edición, 1971, página 499.

Tomamos esta frase de "La Epopeya de la Guardia Civil en el Santuario de la Cabeza" (14), obra de la que también deseamos reproducir unos párrafos referidos a nuestro biografiado:

"El 17 de agosto llega Reparaz a Jaén. Concreta, de acuerdo con Cortés, Rodríguez de Cueto y Rueda, el plan a seguir, que saben aceptarán los demás sin vacilación, y sin contar para nada con el teniente coronel ni con el comandante, que adoptan una actitud pasiva, de inhibición e indiferencia ante los acontecimientos, comienzan a actuar ante las autoridades gubernativas...

"No les agrada mucho la solución a los dirigentes rojos, pues con ello pierden el control sobre el importante grupo de guardias civiles que aún quedan en la capital; pero por otra parte, sabiéndoles hostiles a su causa, no dejan de comprender los peligros que para ellos supone este caballo de Troya que tienen dentro de la ciudad, y piensan que en el Santuario, zona aislada y sin interés militar, quedarán neutralizados. Por ello terminan accediendo a todas las exigencias que les plantea Reparaz."

"Entretanto, se organizan dos trenes. Uno de mercancías, en el que irán los equipajes, la impedimenta y las toneladas de víveres que Reparaz ha extraído de los comercios. El otro, de viajeros, también especial, para transportar 1.200 personas, de las que sólo 165 eran guardias civiles."

"Diversos incidentes retrasan la salida de estos trenes; pero, al fin, poco antes de las diez de la mañana del 18 de agosto, arrancan: el de mercancías, primero, para explorar la vía; el de viajeros, detrás, llevando consigo a algunos destacados marxistas como garantía de seguridad, por haberse tenido noticias confidenciales de que se preparaba un sabotaje contra el mismo. Cuando los ve partir, Reparaz, en el coche de mando del teniente coronel, se adelanta, por carretera, para esperarles en el Santuario con todo el equipo."

El capitán Reparaz, en su libro, relata el éxodo al Santuario en un extenso capítulo. Se entrevistó, dice, con el teniente coronel Iglesias y el Gobernador civil, a los que convenció diciéndoles que cumplía "*una misión oficial y reservada del Ministerio de la Guerra, y con plenos poderes*". También habló con los capitanes Cortés y Rodríguez de Cueto y el teniente Rueda, a los que expuso sus planes. Estos se mostraron de acuerdo. En otra reunión con los mismos oficiales, Cortés le llamó aparte y le expuso la delicada situación de Rodríguez de Cueto, perseguido a muerte por los milicianos. No le permitirían viajar al Santuario. Reparaz, en vista de ello, provocó una reunión del Gobernador civil y los dirigentes del Frente Popular. Congregados todos, el capitán denunció que en el cuartel de la Comandancia existía un capitán, Cuesta, Fernández Cuervo o algo así, al que había de "sancionar severísimamente" por su ideología facciosa.

Estas palabras le merecieron la confianza de los frentepopulistas, y tras una conversación en la que se expusieron diferentes opiniones sobre la forma de eliminar a Rodríguez de Cueto, Reparaz argumentó

(14) Ensayo histórico redactado por una ponencia compuesta por don Juan Luque Arenas, don Manuel Luengo Muñoz, don Eduardo Munilla Gómez y don Angel Ruiz Ayúcar, para conmemorar el XXV aniversario de la gesta. (Taller-Escuela de Artes Gráficas de Huérfanos de la Guardia Civil. 1958.)



El Santuario de Nuestra Señora de la Cabeza antes del asedio

que éste era muy querido de los guardias civiles y guardias de Asalto, y tal vez su fusilamiento provocara la chispa tan temida. Propuso que fuera llevado a Madrid. Precisamente él tenía que ir a visitar a su familia y podría llevarle detenido y “entregarlo en la Dirección General de Seguridad, donde harían el resto...”

En principio los convocados se negaron. Pero tras “seis” horas de discusión terminaron aceptando. Se redactó un documento, que decía:

“Queda detenido bajo la custodia y responsabilidad del capitán de la Guardia Civil don Antonio de Reparaz, el del mismo empleo y Cuerpo don José Rodríguez de Cueto, para ser trasladado a la Dirección General de Seguridad, de Madrid, donde se le aplicará el bando.”

Tal fue la fórmula, audaz, inteligente, rocambolesca, mediante la cual Rodríguez de Cueto logró salvar la vida. Al día siguiente saldría hacia el Santuario vestido de guardia segundo, con la cabeza rapada, unas gafas oscuras y un enorme bigote, consiguiendo así pasar inadvertido.

A la llegada al Santuario, Reparaz adoptó disposiciones para una rápida fortificación de los lugares próximos y las improvisaciones de un campo de aterrizaje en Lugar Nuevo, donde anteriormente ya habían tomado tierra avionetas particulares. Organizó una oficina, incrementó los suministros, distribuyó las fuerzas y familiares entre el Santuario, Lugar Nuevo y la posición de “El Encinarejo”, decidida por él como avanzadilla.

Estas decisiones de Reparaz pueden causar sorpresa al lector, sobre todo al que haya estudiado la gesta del Santuario y sepa que allí, en aquellos primeros días, se encontraban presentes el teniente coronel Iglesias y el comandante Nofuentes. El primero de ellos seguía ostentando el mando de la Comandancia, y si en Jaén, por las circunstancias especiales ya conocidas "dejaba hacer", no tenía por qué continuar con igual actitud ahora que gran parte de su unidad se encontraba reunida, en el disfrute de una reconocida neutralidad, y el capitán Reparaz era simplemente un subordinado suyo, cuya misión, por muy oficial y secreta que fuese, había terminado con la llegada al Santuario sin novedad de las fuerzas y familias.

La explicación —no la justificación— radicaba en la arrolladora personalidad de Reparaz, en su fuerza de convicción. Estos casos de inversión de jerarquía en la guerra civil no fueron raros, aunque tampoco frecuentes. El ejemplo más típico lo tenemos en Franco y Mola, elevado sobre generales más antiguos, Cabanellas, por ejemplo. En el mismo Santuario, más tarde, Cortés sería el jefe contra la antigüedad del capitán Rodríguez Ramírez. En cuanto a Reparaz, no le sucedería por única vez. En su libro no se recata en decir, refiriéndose a la organización de la columna que avanzaría sobre Córdoba: "Mi subalterno era el capitán García del Castillo, más antiguo que yo en el escalafón." (15).

El ascendiente de Reparaz sobre los demás, incluido el Estado Mayor y mandos rojos, era patente y notorio. Se sobreponía a todo y a todos. Con energía unas veces y con habilidad y locuacidad otras llevaba siempre adelante sus propósitos. Ya conocemos algo de su actividad y su saber hacer desde la iniciación del Alzamiento y hemos visto cómo se introdujo en el Cuartel General de Miaja, éxito no insólito, pues más tarde, ya en zona nacional, lograría también introducirse nada menos que en el Cuartel General del Generalísimo, acontecimiento que anticipamos para no vernos obligados a insistir, y para que no quepan dudas sobre la fuerza personal, la autoridad innata y visible que atribuimos a Reparaz.

Cuando volvió a Montoro, donde continuaba el Cuartel General de Miaja, su ausencia ya había levantado sospechas. Incluso se le buscaba en Madrid, creyéndose que, como prometiera, había ido a conducir al detenido confiado a su custodia.

Rodríguez de Cueto relata en su libro ya citado que cierta tarde le avisaron en el Santuario de que alguien deseaba hablarle. Se acercó al recién llegado con cautela, pero al verle reconoció al chófer de Reparaz. Este dijo que le enviaba su capitán para que Rodríguez de Cueto le acompañase, pues aquella noche se proyectaba la evasión a zona nacional.

Rodríguez de Cueto se entrevistó con Cortés, a quien comunicó el aviso. Cortés le expuso su opinión de que debiera marcharse cuanto antes, ya que él suponía una complicación. Su permanencia en el Santuario levantaría suspicacias y sería motivo de amenazas.

Se mostró conforme Rodríguez de Cueto. Cortés le pidió después

(15) Ob. cit., pág. 129.

que dijera a Reparaz y García del Castillo esperasen unos días, a fin de que él pudiera hacer provisión de víveres para un mes siquiera. “Y si lográis vuestro propósito, no os olvidéis de nosotros.”

Rodríguez de Cueto, según él mismo nos dice, respondió: “Descuida. Como tú sabes, sí, como espero, pasamos las dos compañías de Castillo y Reparaz, habrá más de cuatrocientos guardias de esta Comandancia en Córdoba y Granada, y aunque no sea más que con esta fuerza intentaríamos venir por vosotros.” (16).

Poco después el capitán Rodríguez de Cueto emprendía la marcha, vestido como guardia segundo, para alcanzarnos en nuestro avance hacia Córdoba.

## EL ATAQUE A CORDOBA

El 18 de agosto, por la tarde, nos llevaron a un edificio de Montoro, donde se había instalado el depósito de Intendencia. Sin preámbulos, sin la menor palabra de justificación, nos recogieron los sombreros negros, que parecían resistirse a salir de nuestras cabezas, y, a cambio, nos entregaron gorros de soldados.

Llegaban continuamente a Montoro ingentes oleadas de fuerza, principalmente milicianos. El 19 recibimos orden de prepararnos para salir aquella misma noche. Y, efectivamente, en las primeras horas del día 20 partimos con rumbo entonces desconocido. Los guardias civiles que habían quedado en El Carpio se habían unido a nosotros aquella tarde en Montoro.

Era jefe de nuestra columna el comandante de Artillería Pérez Salas. La formábamos dos Compañías de guardias civiles, otra de Carabineros, una Sección de Ametralladoras de Alcoy, varias unidades de milicianos y otra de Artillería al mando directo del jefe de la columna.

Los guardias civiles marchábamos en el centro, detrás de artillería y milicianos. La antigua exigencia de Reparaz de marchar en vanguardia parecía olvidada. Quizá el capitán no lo considerase necesario o tal vez no quisiera provocar desconfianzas. El hecho de que figurásemos en la columna ya suponía un triunfo, únicamente achacable a la fuerza de convicción del capitán. A pesar del tiempo transcurrido sigue siendo extraño que el mando rojo ordenara o permitiera nuestra integración en la vanguardia después de las dos evasiones habidas en el frente de Granada.

Atravesamos Bujalance, seguimos hacia Castro del Río y llegamos a Espejo, donde quedamos sobre la carretera. Recordé el abandono en que se nos había tenido a nuestra llegada a El Carpio veinte días antes y lamenté no haberme provisto de comida suficiente. Sin embargo, no sucedería lo mismo. Los capitanes Reparaz y García del Castillo, que habían ido a entrevistarse con Pérez Salas, regresaron pronto y dieron órdenes de reanudar el viaje hacia Córdoba. A todos se nos hacía extraña aquella ruta. Estando en Montoro podíamos haber llegado a la capital en una hora, siguiendo el itinerario natural de la carretera Ma-

(16) Ob. cit., pág. 49.

## SE ESPERA QUE CORDOBA CAIGA EN NUESTRO PODER DE UN MOMENTO A OTRO

### Cañones de Artillería y bombardeo de Aviación

Jaén 4. 12 noche. Las columnas que operan sobre Córdoba están animadas del más alto espíritu patriótico, y a medida que se acerca el momento de limpiar totalmente de rebeldes a la capital andaluza es mayor el entusiasmo de las fuerzas leales.

Esta mañana la artillería de las fuerzas adictas cañonearon intensamente la capital, haciendo ciertos disparos, que lograron los blancos propuestos.

Puede observarse que los rebeldes no reaccionaban contra el fuego de cañón, silencio denotador de que ha decaído la moral de los sitiados o de que los disparos de nuestra artillería habían destruido las baterías rebeldes.

Después del fuego de cañón la Aviación leal bombardeó a la capital andaluza, y los rebeldes tampoco dieron señales de vida.

En vista de la actitud de los facciosos, resultado del constante castigo de que les han hecho objeto nuestras columnas, se prepara ya el asalto a la población sitiada.

Seguramente las primeras noticias que se reciban serán que Córdoba se ha rendido o ha sido tomada.

La prensa jiennense se muestra optimista ante el proyectado ataque a la capital de los Califas

drid-Cádiz. De esta forma hubiéramos evitado el río que, en la dirección que ahora llevábamos, se nos ofrecería como un obstáculo casi insalvable.

Esa era nuestra creencia. Sin embargo, Miaja sabía cómo atacar. La orden de operaciones era la siguiente (17):

#### "ORDEN GENERAL DE OPERACIONES NUM. 1

#### ATAQUE Y OCUPACION DE CORDOBA

1. Las fuerzas de esta columna, con la cooperación de la aviación y distribuidas en las agrupaciones ya formadas, realizarán al amanecer del día de mañana (día 20) una acción conjunta sobre Córdoba, cumpliendo las misiones que a continuación se indican:

*Aviación:* Desde el amanecer, hasta las diez de la mañana, bombardeará intensamente Córdoba y las zonas de los puentes de Alcolea y Mocho.

*Agrupación A.*—(Norte) Comandante de Artillería Armetia.

Avanzará hasta situarse en posición defensiva en la zona comprendida entre los kilómetros 6 y 8 de la carretera de Córdoba a Almadén.

*Su misión* es atacar a Córdoba con el fuego de su artillería y con la cooperación del destacamento mandado por el comandante Pelayo, que actuará en su flanco derecho.—Este destacamento siguiendo las carreteras de Córdoba a Obejo y Villaviciosa, estará en todo momento enlazado con la agrupación A, situándose a la altura de la misma sin rebasarla. La agrupación y su destacamento no abandonarán su posición ni avanzarán para entrar en Córdoba, hasta que reciban órdenes verbales o escritas para ello de este Cuartel General.

*Agrupación B.*—(Centro) Comandante de Infantería señor Balibrea.

(17) Tomada de Martínez Bande. «La Campaña de Andalucía», pág. 191.

Situada al amanecer en las posiciones elegidas al N.W. de Villafranca tendrá por misión batir de flanco al enemigo situado en la zona de los puentes Mocho y Alcolea.

Vencida la resistencia enemiga, reunirá sus fuerzas motorizadas en Alcolea y marchará a Córdoba con los elementos hipomóviles a retaguardia. Caso de que éstos no puedan avanzar directamente a Alcolea, por impedírsele el mal estado del camino, regresarán al Carpio, quedando a las órdenes del comandante militar de esa localidad, pasando por Villafranca y el Puente.

*Agrupación D.*—(Centro) Milicias de Jaén.

Marcharán por el camino de Córdoba a Bujalance hasta situarse al Sur del vértice Trapero, donde estará pendiente de la actuación de la Agrupación B, del comandante Balibrea, para avanzar por las carreteras que unen el Cortijo de la Pangia con Alcolea.

Tendrá dispuesto un pequeño pelotón con ametralladores y pistolas ametralladoras para batir:

1.º Las ametralladoras enemigas que se descubran al norte de Trapero, entre este vértice y el río Guadalquivir.

2.º Por medio de una acción audaz para situarse al Sur de Alcolea a los sirvientes de las piezas enemigas emplazadas en El Capricho. Si la resistencia en Alcolea no pudiera ser vencida la agrupación esperará órdenes al Sur de Trapero, para bajar a la carretera de Bujalance a Espejo y seguir a retaguardia de la agrupación Pérez Salas, que avanzará por la carretera de Espejo a Córdoba y cuando ésta se encuentre en el kilómetro 4 ha de abandonar la carretera, marchando por el camino de la barca para atravesar el río por ésta y el vado, y entrar en Córdoba por el Campo de la Verdad.

*Agrupación E.*—(Sur) Comandante de Artillería Sr. Pérez Salas.

Ha de atacar a Córdoba por el Sur y debe entrar por el puente romano a tomar posesión del sector que le ha sido asignado.

Al amanecer emprenderá la marcha para establecerse en posición entre los kilómetros 5 y 8 de la carretera de Jaén.

*Agrupación F.*—Comandante de Cab.<sup>a</sup> Sr. Viqueira.

Al amanecer emprenderá la marcha para encontrarse a las 9 horas 30 minutos, en el vado del molino de las Casillas, con el fin de pasarlo inmediatamente que termine el bombardeo de la aviación propia, desplegando seguidamente con amplio frente para llamar la atención con sus ráfagas de fuego rápido y descongestionar de este modo el puente romano.

*Agrupación C.*—Comandante de Infantería don Carlos García Vallejo.

Sus fuerzas guarnecerán El Carpio, ocupando la posición defensiva organizada en las inmediaciones, de modo que resulte inabordable para el enemigo. Esta posición no será abandonada sin orden expresa de este Cuartel General.

La batería de obuses estará preparada al amanecer para apoyar con sus fuegos la actuación de la *Agrupación B.*—(Comandante Balibrea).

Al efecto, desde las posiciones utilizadas con anterioridad o las que juzgue conveniente elegir, batirá con fuego interminante los objetivos que puedan presentarse en la zona comprendida entre el monte de El Cerro de San Cristóbal y el río Guadalquivir.

El Carpio es un punto de apoyo, que ha de cerrar en absoluto el paso por la carretera de Córdoba a cualquier fuerza rebelde procedente de este punto.

*Agrupación L.*—Teniente don Roberto García.

En las posiciones que ocupa, tiene por misión impedir a todo trance el avance de las fuerzas enemigas sobre Castro del Río y Espejo, vigilando las direcciones de Montilla y Baena.

La posición defensiva que guarnece en la dirección del sector S.E. de Espejo, entre las carreteras Espejo-Montilla y Castro del Río-Ca-

bra, no será abandonada sin orden verbal o escrita de este Cuartel General.

*Agrupación J.*—Guarniciones de Castro del Río y Espejo.

Las fuerzas que guarnecen estas localidades no las abandonarán por ningún motivo y tendrán organizada la defensa a toda costa.

*Agrupación Q.*—Columna de reserva.

Esperará en Montoro órdenes de este Cuartel General.

Todas las agrupaciones observarán con atención la actuación de las de sus flancos y particularmente el avance y los fuegos de las laterales para regular los propios.

Si los rebeldes izan bandera blanca o mandan parlamentarios, cesará el fuego, convenciéndose plenamente de que no es una añagaza del contrario, enviándose aquéllos a la carretera de Córdoba a Jaén, convenientemente protegidos y rápidamente para tratar con el jefe de la Columna.

En la marcha de aproximación y durante el combate, todas las unidades harán lo posible para disimular sus movimientos, adoptando formaciones irregulares y flexibles, aprovechando el terreno con sumo cuidado, toda clase de arbolado favorable para ocultación.

Toda fuerza a pie, a caballo o en automóvil, en sus detenciones, abandonará la carretera y disimulará su posición, situándose irregularmente distanciados sus elementos y cubriéndose con ramajes, tela, etc., quedando inmóviles para no delatarse.

Al aproximarse a Córdoba, las agrupaciones se situarán defensivamente frente a los sectores de la población que han de ocupar, y terminado el bombardeo de la aviación (10 de la mañana), avanzarán a tomar posición de los mismos, según se detalla en el Anexo de esta orden. Si alguna agrupación encuentra resistencia se mantendrá en la posición defensiva que haya logrado ocupar hasta poderla vencer.

Funcionará como centros de transmisiones, para recibir todas las noticias: Bujalance (Ayuntamiento), El Carpio (Comandancia Militar) y Castro del Río (Mengemor).

Se dispone de línea telefónica permanente en Cerro Muriano, balneario de Fuente Agria, Villafranca de Córdoba, El Carpio y Mengemor del Carpio, Bujalance y Castro del Río (Mengemor) y entre Castro del Río y Espejo.

Hay telégrafo entre Villafranca, Carpio y Bujalance.

Cuentan con estación radio: el Cuartel General y las agrupaciones A y B.

Por parte de todos ha de desarrollarse un máximo esfuerzo para estar enlazados con este cuartel general situado en Espejo. Para él, es indispensable combinar inteligentemente la radio, el teléfono, la moto, etc.

En El Carpio y Bujalance se establecerán estafetas con moto y auto, para llevar al cuartel general las noticias que en estos puntos se reciban.

En la carretera que une Bujalance con Castro del Río y en la casilla de peón caminero, que está situada entre los kilómetros 26 y 27, se efectuará el relevo de estafetas moto-auto, que enlazan Bujalance con Espejo.

Las agrupaciones A, B, D y E emprenderán la marcha con anticipación suficiente para encontrarse al amanecer en las posiciones relativamente señaladas.

Evacuación Sanitaria. Se realizará sobre Cerro Muriano la agrupación A.

Sobre Villafranca, la agrupación B.

Sobre Bujalance, la agrupación D.

Sobre Espejo, las de las agrupaciones E y F.

Entre Espejo y Castro del Río se situará un parque móvil de municiones.

Tengo la seguridad que todos: soldados, milicias, clases y suboficiales, oficiales y jefes han de poner en juego su máximo esfuerzo y su valor consciente y disciplinado para cumplir inteligentemente esta orden.

Así llevado a cabo, yo os aseguro que el éxito nos acompañará y podremos tener la inmensa alegría de rescatar la bella Córdoba y ofrecérsela al Gobierno de la República.

Montoro, 19 de agosto de 1936.

Comuníquese:

El Comandante jefe E.M.

El jefe de la columna"

Sí, Miaja sabía lo que quería. Pero no había pensado que no tenía ejército. No podía llamarse así a un conglomerado de hombres sin adiestramiento, disciplina ni acometividad.

Cuando nos acercábamos a la estación de ferrocarril de Torres Cabrera oímos algunos disparos de fusil a lo lejos, señal que nuestra vanguardia había encontrado resistencia. Continuamos y rebasamos la estación sin novedad. Al poco apareció en el aire una avioneta de reconocimiento que nos sobrevoló varias veces y terminó arrojándonos dos bombas. Serían, más bien, dos granadas de mano. Apenas se oyeron las explosiones y no causaron daños.

Varios compañeros y yo, todos de la sección mandada por el alférez Espinosa, que nos habíamos arrojado al suelo en la cuneta, volvimos al coche y continuamos la progresión. Se presentó otra avioneta, o quizá la misma, y volvió a arrojarnos bombas, ahora en mayor cantidad, pero que tampoco produjeron víctimas. La intención de estos livianos bombardeos era la de obstaculizar nuestra marcha en tanto llegaban los trimotores.

Nos hallábamos los guardias civiles a la altura del kilómetro 9 de la carretera de Espejo cuando, efectivamente, aparecieron tres bombarderos Junker. La columna, en aquel sector, carecía de aviación y de artillería antiaérea. Podían, por tanto, los trimotores bajar, observarnos y bombardear a placer.

Descendimos de los coches. El miedo actuó sobre nuestros músculos como un motor de infinitos caballos y corrimos a la vaguada más próxima, donde existían juncos entre los cuales podríamos ocultarnos a la vista de los pilotos.

El pánico se generalizó tras las primeras explosiones. Los vehículos quedaron abandonados, a merced de la aviación, que se recreaba lanzando bombas sin cesar. Parecía imposible que pudieran contener tanta carga dentro de su limitado vientre. Constantemente, por lo menos uno de los bombarderos sobrevolaba nuestras cabezas, mientras los restantes iban a cargar a Córdoba. Quizás el pánico nos hiciera ver más explosiones de las que en realidad se producían. El desastre se consumó cuando los aviadores decidieron lanzar sus cargas sobre los sembrados dorados de agosto, mies vieja sin segar, que se extendía a lo largo de aquella inmensa llanura. Enormes llamaradas subieron a lo alto. Un humo denso iba poniendo oscuridad en nuestro alrededor y en nuestras mentes. Empezamos a temer que las llamas nos cercaran. Los milicianos ya llevaban tiempo corriendo hacia la retaguardia. Se hizo la noche. Las llamas lo inundaban todo como inmensas luminarias que cortaban la vista a uno y otro lados. El alférez Espinosa nos reunió

en la carretera, montamos en los vehículos e iniciamos el camino de regreso. La palabra "retirada" se oía por doquier, sin que nadie supiera decir de dónde había partido. Llegamos a la estación férrea y vimos que la carretera se hallaba interceptada por infinidad de coches y camiones que ardían, entre ellos el que portaba nuestras municiones y equipajes. Los trigales continuaban ardiendo y ya cercaban por completo la carretera. Hacían explosión los cartuchos de los camiones incendiados. Sonaban los claxons de los vehículos pidiendo paso para transportar heridos...

Ignoro, en el revoltijo de mis recuerdos, hasta qué punto soy exacto en esta descripción. Para que el lector pueda disponer al menos de dos, copio la de José Cirre Jiménez en su libro "De Espejo a Madrid", de la que se hacen eco muchos historiadores, entre ellos Martínez Bande, y se ha tenido como veraz:

"Cuando llegamos frente a la estación de Torres Cabrera, en el kilómetro número 14 de la carretera de Córdoba, el Comandante Pérez Salas quiso dar un descanso a las tropas; pero no había acabado aún de ordenarlo cuando vimos un avión nacional, que estuvo evolucionando a gran altura, con objeto, seguramente, de localizar bien la columna. El pánico comenzó a cundir en las filas; pero los jefes trataron de deshacerlo, diciendo que el avión era nuestro, ante lo cual un miliciano sacó el pañuelo y comenzó a saludar al piloto. Entonces el avión descendió más y lanzó tres bombas potentísimas, que diezmaron al Batallón de Alcoy. Cada soldado y cada miliciano buscó refugio en una piedra, en una mata, donde buenamente podía. Los ayes espantosos de los heridos se desatendían por los camilleros; una cocina de campaña salió por los aires a consecuencia de una bomba que la alcanzó con certeza matemática; cuando aquel



Bombardeo durante el ataque a Córdoba

avión terminó su cometido vinieron dos más, que siguieron el bombardeo iniciado por el primero. Luego tres, y así fue aumentando el número hasta siete. Cada vez que venían aviones de refresco se retiraban los que ya habían soltado su carga, y unos y otros se relevaban con una rapidez asombrosa, que no nos daba tiempo a salir de nuestra sorpresa. Lo horrible eran los ayes de los heridos del Batallón de Alcoy. Muertos había también en abundancia, porque la aparición del primer aparato fue tan inesperada que no nos dejó tiempo ni para huir. Así, bajo la acción mortífera de las bombas de aviación y el intenso trepidar, otras veces, de las ametralladoras aéreas, estuvimos desde las doce del día hasta las siete de la tarde. Al finalizar aquel espantoso bombardeo estábamos como atontados. Ya nadie hablaba de tomar Córdoba, sino de regresar a Espejo. Muchos heridos habían muerto. La evacuación de los menos graves y graves se realizó con toda urgencia hacia la ciudad que por la mañana habíamos abandonado, llevando mis acompañantes un optimismo ilimitado. El regreso no era lo mismo que la partida; prueba evidente de lo fácil que es pensar las cosas y la dificultad de realizarlas.

Mientras, el comandante Pérez Salas ordenó continuar la marcha hacia Córdoba, y llegamos hasta Los Rodrigueros, a siete kilómetros de la capital, no con objeto de entablar batalla, sino de hacer un recuento de las fuerzas, ya que el espantoso bombardeo sufrido había diezmado la Infantería de manera tan considerable, como no pudiera hacerlo nunca el Ejército terrestre mejor preparado y más técnico del mundo. Quizá si digo que pocos bombardeos aéreos tendrán tanta eficacia como el que yo acababa de vivir, no miento.

Hecha lo que pudiéramos llamar la paz en la derrota, el comandante Pérez Salas pudo convencerse de que el Batallón de Alcoy estaba en cuadro. De mil quinientos hombres de que se componía, quedarían presentes cuatrocientos; los restantes, o habían sido heridos, o muertos, o huyeron hacia las líneas de retaguardia. La Guardia Civil, a quien ellos habían bautizado con el remoquete de Guardia Nacional, se había pasado íntegra —sus doscientos cinco componentes con los jefes— a los nacionales, aprovechando el bombardeo e internándose en Montilla. La sección de ametralladoras de Castellón sufrió la pérdida de una de sus máquinas y la de doce soldados. La Artillería sólo tuvo un muerto.” (18)

El lector puede quedarse con la descripción que más le guste. Nos referimos, naturalmente, a gustos literarios. Debe inmediatamente tachar de su memoria lo que se le haya entrado sobre pañuelos, número de muertos (que no fueron tantos) y principalmente la evasión de guardias civiles a Montilla ni a ningún otro lugar. Algo de esto ocurriría. Pero en otra ocasión, en otro día.

Debido a este relato en las obras históricas más importantes figura que nosotros nos pasamos a zona nacional el día 20 de agosto. La diferencia de fecha no tiene gran importancia, es cierto. Pero de haber sido el día veinte, el capitán Cortés no hubiese tenido tiempo de proveerse de víveres para resistir un asedio prolongado, asedio que comenzaría a raíz de nuestra evasión.

En nuestro relato nos quedamos en la estación de Torres Cabrera, rodeados de maltrechos y humeantes camiones.

De pronto apareció el jefe de nuestra columna, el comandante Pérez

Salas, en un coche a máxima velocidad, salvando increíblemente todos los obstáculos. Gritaba sin cesar, poseído de rabia y furor, ante aquella inesperada espantada de sus hombres. Se encaró con nosotros y nos obligó a volver. Una vez enterados de que no había orden de retirada, no pusimos ninguna objeción. Los camiones de milicianos ya estarían llegando, en cambio, a Espejo, punto de origen del avance.

Giró nuestro vehículo y retrocedimos hasta la última posición ocupada. Por si no era bastante, continuamos hacia la línea de vanguardia, que debiera estar ocupada por la artillería, según nuestro primitivo orden de marcha.

Esperamos a que clareara el día y entonces pudimos comprobar perfectamente el desastre ocasionado por la aviación. En este lugar debió ser donde se cebaron con más apetito los trimotores. Podía deducirse con toda facilidad que los sirvientes de los cañones corrieron desde el primer momento. Los caballos, alocados, huyeron en todas direcciones, arrastrando las piezas, enredándose en los atalajes y cayendo muchos de ellos por puentes y alcantarillas al arroyo. Prácticamente, la artillería había quedado inutilizada.

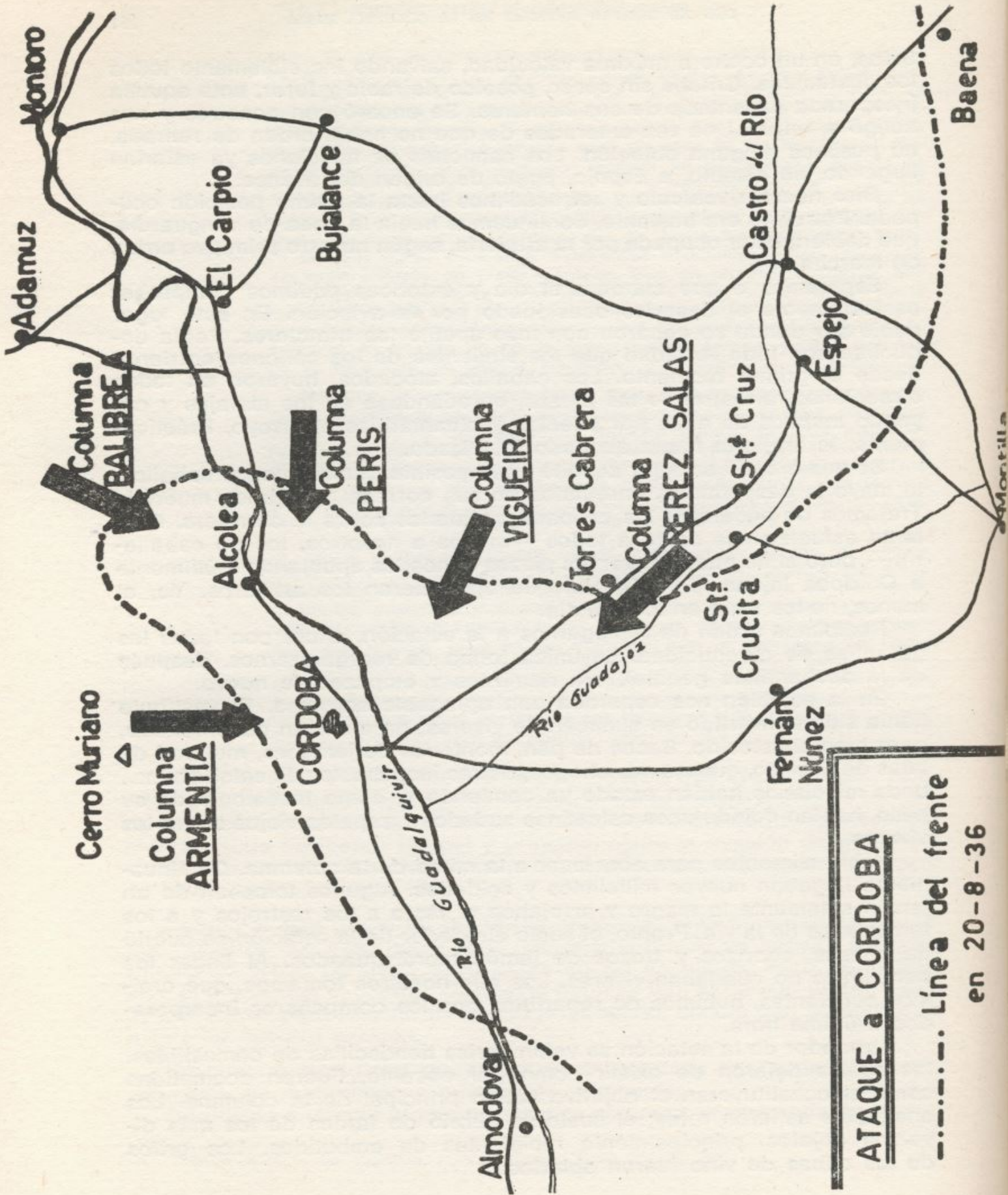
Se nos ordenó arreglar aquello en lo posible. Buscamos los caballos, la mayoría despeñados, enredados en sus correas, y algunos muertos. Tratamos de enderezar los cañones y situarlos sobre la carretera. Bastante esfuerzo nos costó a todos —menos a nosotros, los de caballería—, pero al fin pudimos ver las piezas alineadas apuntando inútilmente a Córdoba lejana. Sólo faltaba que aparecieran los artilleros. Yo, al menos, no los vería en todo el día.

Recibimos orden de replegarnos a la estación, ahora con todas las garantías de autenticidad. La única forma de reorganizarnos, después de la desbandada general, era reunirnos y empezar de nuevo.

En la estación nos esperaba una agradable sorpresa. El vestíbulo había sido convertido en almacén de víveres; un almacén desordenado, pero bien abastecido. Sacos de pan, montones de jamones, multitud de latas de chorizo, quesos manchegos, ristras inacabables de salchichón... unos milicianos habían estado ya comiendo y, como testimonio de su paso, habían dejado unos calcetines sudados y zapatos viejos sobre los víveres.

Había alimentos para abastecer a la mitad de la columna. Continuamente llegaban nuevos milicianos y soldados. Algunos tomaban de un jamón solamente lo magro y arrojaban el resto a los rastrojos y a los terraplenes de la vía. Pronto, el suelo alrededor de la estación se cubrió de quesos, chorizos y trozos de jamón mordisqueados. Al llegar los penúltimos no quedaban víveres. Los que nosotros tomamos, que creímos suficientes, hubimos de repartirlos con los compañeros incorporados a última hora.

Alrededor de la estación se veían varias tiendecillas de comestibles, las cuales dejaron de existir como por encanto. Fueron acometidas como si constituyeran el objetivo bélico principal de la columna. Los anaqueles saltaron rotos; el suelo se cubrió de fardos de los más diversos objetos, principalmente recipientes de embutidos. Los grifos de las cubas de vino fueron abiertos...



Cerro Muriano

Columna  
**ARMENTIA**

Columna  
**BALIBREA**

**CORDOBA**

Columna  
**PERIS**

Columna  
**VIGUEIRA**

Columna  
**PEREZ SALAS**

Almodovar

Rio Guadalquivir

Rio Guadajoz

Torres Cabrera

Fernán Núñez

Crucita

St. Cruz

Espejo

Castro Rio

Baena

Montoro

Adamuz

El Carpio

Bujalance

Montoro

El resto del día, en el más completo olvido del alto mando de la columna, lo pasamos dormitando donde pudimos.

## ADIOS A LA COLUMNA MIAJA

Al anochecer de aquel día 21 nuestros capitanes nos reunieron para comunicarnos la orden de salir hacia Santa Crucita.

Después de la desbandada del día anterior no quedaban camiones ni ninguna otra clase de vehículo a nuestra disposición, y hubimos de hacer el camino a pie.

Al llegar fuimos autorizados a elegir alojamiento dentro de la cortijada. Era una finca enorme, que había pertenecido al duque de Medinaceli hasta su expropiación por el Instituto de Reforma Agraria. Sitio para alojarse había de sobra. Disponía de cobertizos para acoger a grandes manadas de cerdos y ovejas. Algunos tuvimos suerte de acertar con nuestros huesos en el cemento de las cocinas y otras habitaciones destinadas a seres humanos.

Al amanecer del día 22 pudimos darnos cuenta de nuestra situación. El caserío de Santa Crucita estaba próximo al río Guadajoz, en el punto de confluencia del Carchena y cerca de la carretera, entre Torres Cabrera y Espejo. A un lado teníamos la Sección de Ametralladoras de Alcoy; al otro, la Artillería de Pérez Salas, y a nuestro frente, pasando el río, a las unidades de milicias. Nos encontrábamos arropados. No existía posibilidad de lanzarnos hacia adelante o hacia los flancos sin chocar con alguna unidad roja.

Sin embargo, aquella noche dos guardias civiles, impacientes, se decidieron sin contar con nadie. Se deslizaron río abajo para intentar llegar al amanecer a la carretera de Córdoba a Fernán Núñez. Pero se desorientaron y fueron a caer en un puesto avanzado de milicianos. Contaron que se habían extraviado y preguntaron por el lugar donde se encontraba nuestra unidad. Afortunadamente les creyeron.

Ya se había incorporado el capitán Rodríguez de Cueto, siempre vestido de guardia segundo. Al principio quiso ocultar su categoría, pero el hecho de que estuviera siempre junto a Reparaz y García Castillo, con los que, incluso comía, hacía inútil cualquier intento. Estaba constantemente en mangas de camisa y nosotros le llamábamos "mi capitán", a lo que, al principio, trató de oponerse.

Rodríguez de Cueto tenía prisa por pasarse, temiendo que su identidad fuese conocida por los rojos, lo que daría al traste con nuestros planes. Quería iniciar la aventura en solitario, pero Reparaz logró detenerle. Al fin se trazó el plan de evasión.

Tres guardias fueron seleccionados para cruzar el río, intentar filtrarse a través de los milicianos, y llegar a Córdoba, a fin de entregar al Gobernador militar, entonces el coronel Cascajo, un mensaje pidiéndole que enviase aviones a bombardear. Al mensaje se acompañaba un croquis con la situación nuestra y la de las restantes unidades rojas. La confusión que provocaría el bombardeo sería aprovechada por nosotros para intentar el cruce del río y burlar a los milicianos.

Se pretendía mantener este proyecto en secreto, muy secreto. Así

es que muy quedamente fue pasando de boca en boca. Cuando amaneció todos mirábamos al cielo, aun a sabiendas de que los enviados no habían podido llegar a Córdoba. Entre éstos, que recuerde, figuraba mi compañero y amigo José Moreno Moreno, a quien yo quería imaginarme corriendo por las calles de Córdoba hacia el Gobierno Militar.

Los capitanes también miraban al cielo, sobre todo Rodríguez de Cueto. Al ver que eran observados trataban de disimular para que no se descubriera el secreto.

Conforme avanzaba el día íbamos perdiendo las esperanzas. Poco después de mediodía llegó una motocicleta con un parte. El motorista entró en la habitación de los capitanes y se marchó al poco. Nuestros jefes no quisieron que se comentara el contenido del parte traído, de forma que pronto supimos que se trataba de una advertencia y una llamada de atención por haberse pasado aquella madrugada tres guardias al enemigo.

La confianza volvió a renacer. Si los enviados habían conseguido su objetivo, Cascajo enviaría la aviación. Pero Cascajo tardaba. Tardó hasta que el sol, cansado, quería ocultarse perdiéndose en una alameda lejana. Brillaron los fuselajes de tres bombarderos, cuyo rugido parecía música en nuestros pechos. Volaban bajos, buscándonos. En el centro de la era, Reparaz, Rodríguez de Cueto y algunos otros alzaron los brazos y uno de ellos agitó un pañuelo (ahora sí, día veinticinco). El aviador contestó mostrando otro pañuelo a través de la ventanilla de la carlinga y comenzó a bombardear las posiciones a nuestro alrededor. Los rojos corrieron a refugiarse dentro de los cortijos o casillas que les servían de albergue. Los dos aviones restantes iniciaron también la descarga de sus panzas. Volaban en círculo y aquella vez nos parecía que apenas producían ruido. Durante un rato se mantuvieron machacando la Sección de Ametralladoras y la artillería de Pérez Salas, así como, especialmente, las unidades de milicianos.

Se oyeron órdenes de "a formar". Rápidamente nos reunimos todos en la era, con nuestros macutos o maletas ya preparados. Partimos en dirección al río, hacia el vado y nos dispusimos a cruzarlo. El agua nos llegaba hasta las ingles. Se nos ordenó cogernos de las manos, ante el temor de que alguno fuese arrastrado por la corriente. Nos estorbaban los macutos y los regalamos al río gustosos. Cuando todos terminamos de pasar el río, en total unos doscientos nueve hombres (19), ya el sol se ocultaba casi completamente.

El bombardeo había cesado. Temimos que los rojos se apercibiesen de nuestra maniobra y se lanzasen contra nosotros. Absurdamente no ocurrió nada. Debieran estar esperándonos después del paso del río para acribillarnos. Pero pasamos a pocos metros de ellos sin el menor inconveniente. Seguramente estaban ocultos en los sembrados y en casas, lo que les impidió vernos, o quizás fuera que les faltó arrestos para enfrentarse a nosotros.

Caminamos sin cesar y pronto nos alcanzó la noche. A veces nos veíamos obligados a detenernos para ayudar a los que, ya entrados en edad, se veían agotados. Algunos pedían que les abandonásemos y si-

(19) Tres capitanes, cuatro tenientes y doscientos dos suboficiales y tropa. Las referencias bibliográficas y documentos han venido citando la cifra redonda y aproximada de 200 ó 250 hombres.

guiésemos. Los más jóvenes cargamos a varios sobre nuestras espaldas a fin de abandonar lo antes posible la zona de peligro.

Con nosotros venía un teniente de Ingenieros, don Jesús Olivares Baqué, perteneciente a una unidad inmediata a nosotros en la columna Miaja y que estaba de acuerdo con nuestros capitanes. Después de proyectado el plan de evasión se le había avisado para que se nos uniese en el momento oportuno (20).

Una hora después de nuestra salida oímos disparos de artillería, dirigidos hacia el lugar por donde habíamos pasado. Ya era tarde para ellos. Nuestros jefes tuvieron el acierto de hacernos torcer la ruta, y a los rojos ahora les sería imposible saber dónde nos encontrábamos.

Poco después hicimos alto y nos abrazamos llenos de entusiasmo, convencidos ya de que habíamos logrado nuestro propósito. A la vista estaban las Casas de Fernán Núñez, pueblo en zona nacional. Reparaz se adelantó con un guardia para darse a conocer. Le seguimos a distancia.

Nadie se apercibió de nuestra llegada. También en esta zona sucedían cosas absurdas. De haber sido rojos auténticos hubiéramos tomado el pueblo sin necesidad de disparar. Desde el punto de vista nacional, el hecho quizás tuviera justificación: en aquella hora lanzaba Queipo de Llano una de sus célebres charlas radiofónicas, de obligada audición patriótica.

Se decidió que hablásemos en voz alta e hiciésemos ruido a ver qué pasaba. Y sin que sucediera nada llegamos a las puertas del cuartel de la Guardia Civil, en el que entraron los capitanes. Las fuerzas de Fernán Núñez las mandaba el teniente Jefe de la Línea del Cuerpo, a quien imaginé asombrado y asustado al ver lo que se le había entrado por el pueblo.

Dispuso que todos fuésemos desarmados antes de entrar en el edificio. Arrojamos nuestras armas al suelo y pasamos al interior, donde nuestros compañeros de Fernán Núñez hubieron de soportar la tortura de infinidad de abrazos y apretones de gozo que ellos no podían comprender.

Se avisó telefónicamente a Córdoba y enviaron camiones para recogerlos.

No tardamos en llegar a la capital de los Califas. Hicimos el viaje desarmados, pero detrás, en un camión, nos seguían nuestras armas. Primeramente nos llevaron al cuartel de la Victoria, donde se desbordó júbilo y regocijo, tanto por nuestra parte como por la de los que nos recibían. Acudieron paisanos desconocidos que nos llevaron al Círculo Mercantil y al de Labradores, donde fuimos espléndidamente agasajados. Se abrían los balcones para vernos y aplaudirnos entre vítores. La gente nos cercaba y trataba de abrazarnos.

Tuvimos la sensación de que Córdoba no dormía. Todos sus habitantes estaban allí, en la calle, apretándonos, abrazándonos, pregun-

(20) A este oficial se refiere Martínez Bande en «La Campaña de Andalucía», pág. 61, y de él dice que aportó interesante documentación sobre la columna Miaja. No sabemos que este oficial tuviera participación en los planes de evasión, aunque su vinculación al Cuerpo era estrecha, pues estaba casado con una hija del Jefe de la Comandancia de Jaén, teniente coronel Iglesias.

tándonos... Alguien me pidió, como recuerdo de aquella noche, el gorro que llevaba puesto. Se lo di encantado.

Efectivamente, Córdoba no dormía durante las noches. Al menos hasta entonces. Ahora, en lo sucesivo, con nuestra llegada desaparecía el temor de una capital apenas sin defensores, cercada por un enemigo abrumador.

\* \* \*

Durante varios días estuvimos descansando bajo el calor del agosto cordobés. Nos sentíamos satisfechos de la hazaña realizada, llevada a cabo con una perfección admirable, sin necesidad de disparar y sin una sola baja.

Nos sentíamos principalmente satisfechos por haber escapado del triste escenario del ejército rojo y encontrarnos ahora en un ambiente completamente distinto. Se vivía con intensidad un claro y nítido ardor patriótico que se sobreponía a cualquier otro pensamiento.

Existía comida abundante, higiene y las comodidades propias de los cuarteles donde se rendía culto a la disciplina y al orden. Únicamente ensombrecía nuestro contento la familia lejana, abandonada, fácil presa de actos vengativos. Deseábamos y soñábamos comenzar inmediatamente la ofensiva sobre Jaén, que ya se rumoreaba.

A partir del 29 iniciamos servicios en las afueras de la capital, por la ribera o por la zona del Brillante. A veces salíamos en servicio de vigilancia de avanzadillas, que montábamos uno o dos guardias al mando de un grupo de "cívicos", paisanos reclutados por su adhesión al Movimiento, siempre de gran voluntad, exaltados, pero que en su mayoría ni siquiera conocían el manejo del arma.

Este mismo día, Reparaz y Rodríguez de Cueto sobrevolaron el Santuario en una avioneta. Arrojaron un paquete de correspondencia (cartas para nuestros familiares), periódicos y una bandera nacional. El capitán Reparaz, en una carta personal a Cortés, decía:

"Ya estamos en Córdoba. Es menester que os suméis de una manera resuelta y directa al Movimiento liberador de España. Espero que podré abrazaros muy pronto. Confío en que todos os superaréis en el cumplimiento de vuestro deber de españoles y guardias civiles colmando todas nuestras aspiraciones con el gesto de vuestra resistencia a las hordas rojas. Os envío un fuerte abrazo. ¡Viva España! P.D. Si alguno sintiera debilidad en el cumplimiento del deber estricto (sin duda aludía a Nofuentes), ya conocéis el camino a seguir que se marca en las plazas sitiadas y la actitud a adoptar por el que sea jefe."

El cuatro de septiembre se mandó formar en el patio a todos los procedentes de Jaén. Habló el capitán Reparaz para anunciar que aquella noche saldría una columna para una ofensiva contra el ejército rojo. Los voluntarios, que dieran un paso al frente.

Vivíamos épocas de ardor guerrero. El paso lo dimos todos, sin el menor titubeo. No me explico por qué pensábamos que avanzaríamos

sobre la provincia de Jaén. No cabe duda de que nuestro deseo se imponía a toda otra consideración. Reparaz, sonriendo, nos mandó a todos retroceder aquel paso y procedió él a seleccionar.

Se nos dijo a los elegidos que nos proveyésemos de comida en frío para dos días y estuviésemos listos a medianoche. Así lo hicimos, y en las primeras horas del día 5 subimos a los camiones e iniciamos la marcha.

Llegamos a Alcolea. Descendimos de los vehículos y continuamos a pie por el camino pedregoso para subir a la sierra. Presentíamos que aquella no era la ruta de Jaén. Alguien aclaró que íbamos hacia Cerro Muriano, un pueblecito en lo alto de la sierra en el que se asentaba la vanguardia de la columna Miaja. Al amanecer se oyeron cañonazos contra nuestras avanzadillas. Nuestras fuerzas, mandadas por el general Varela y el coronel Sáenz de Buruaga, compuestas de regulares, legionarios, infantes y falangistas, además de nosotros, consiguieron avanzar. A la caída de la tarde, el enemigo fue cercado y puesto en fuga. Durante toda la noche continuaron huyendo los rojos, quienes dejaron sobre el campo todo su material.

Con esta victoria desaparecía definitivamente el peligro de un ataque rojo a Córdoba.

El nueve, tras dos días de descanso, nos dirigimos a La Carlota y de aquí a Fuencubierta, junto a la carretera de Sevilla. La ocupación del pueblo no ofreció problemas. Los milicianos huyeron y nos dejaron entrada libre. Vimos que los habitantes nos esperaban con cierto miedo a posibles represalias. Trataban de ocultarse. Sin embargo, no se efectuó ningún disparo ni se maltrató a nadie. Los vecinos pronto desterraron su desconfianza y fueron acercándose a nosotros.

Reparaz ordenó que un cabo y nueve guardias, entre ellos yo, más un grupo de falangistas, nos quedásemos de guarnición en la aldea. De guarnición y de puesto. La línea del frente quedaba cerca y no dejaría por completo de ser combatiente hasta el final de la guerra. Pero en muchos aspectos volvía a ser otra vez guardia civil.

Reparaz, en cambio, no.

\* \* \*

El once de septiembre el capitán Reparaz salió para incorporarse al grueso de las fuerzas africanas que a las órdenes del general Franco avanzaban sobre Madrid, y se le asignó el mando del flanco izquierdo de una columna de Regulares que operaba al sur de la provincia de Avila. Reparaz intervino de forma decisiva en la conquista de los puertos de Pedro Bernardo, Mijares y monte Gijosa, y en la de numerosos pueblos, entre los que destacan Piedralaves, La Adrada, Casilla, Navarredondilla, Las Rozas, Azuqueca, Mocejón, Villaseca, Aceca, Añover de Tajo, Torrejón de Velasco, Seseña, Borox...

Estando en este último pueblo, Reparaz suscribió un documento que ha llegado a nuestro poder. Se trata de una declaración jurada sobre su actuación en zona roja, que publicamos fotografiada, y cuyo texto, para mejor legibilidad, insertamos a continuación: